

Índice

Cuentos Cortos

<i>Sacachispas</i> - Dr. Pablo Guillermo Ortiz (La Plata) - Primer Premio	2-5
<i>El sonido de los años</i> - Dr. Gonzalo Triviño (San Martín) - Segundo Premio	6-9
<i>PrimeraNoticiaQueTengo</i> - Dr. Luis Alberto Crespo (La Plata)	10
<i>Dislalias</i> - Dr. Pablo Guillermo Ortiz (La Plata)	11-13
<i>3° B</i> - Dra. Silvina Sartelli (La Plata)	14-15
<i>Felicidades</i> - Dra. Silvina Sartelli (La Plata)	15-17
<i>La Casa de Marsella</i> - Dr. Isaac Basaure (Lomas de Zamora)	18-21
<i>Sangre en el pueblo</i> - Dr. Pablo Codias (Mar del Plata)	22-25
<i>Arena</i> - Dr. Raúl Maiorano (Mar del Plata)	26
<i>Perro de Caza</i> - Dr. Julián Costoya (Morón)	27-30
<i>La invitación</i> - Dr. Juan Ricardo Pedroza (San Martín)	31-33

Poesías

<i>Autobiografía</i> - Dr. Juan Carlos Wlasic (Mar del Plata) - Primer Premio	36
<i>Puertas</i> - Dr. Jorge Monzón (San Isidro) - Segundo Premio	37
<i>Entender el Derecho</i> - Dr. Juan Carlos Wlasic (Mar del Plata)	38
<i>Mujer uno, mujer dos, mujer tres</i> - Dr. Roberto Diez Beltrán (San Isidro)	39
<i>Yo también tengo boca</i> - Dra. Cecilia Sacavini (San Isidro)	40



Cuentos Cortos

Sacachispas

Hoy por la tarde volví a jugar al fútbol. Ojo, yo nunca fui bueno para jugar al fútbol. Nunca supe ni pude hacer un puto jueguito, jamás tuve precisión, mis pies no conocieron los felices destinos del toque sutil, ni fui capaz de parar la pelota si ésta venía de lejos. Alguna vez escuché que Bilardo, cuando los pibes se iban a probar al country, les tiraba la pelota de lejos, como de 40 ó 50 metros y si los pibes la paraban, si la pelota no les rebotaba, listo, quedaban, superaban la prueba inicial y podían pasar al picado. Era como una especie de “curriculum vitae” simplificado y de estricto carácter previo, nada de probarlos de entrada en un partido, no señor. Bueno, yo hubiera ido al horno con todo eso. Jamás pude pararla, ni hacer un pase matemático, ni cabecear al ángulo; pero yo corría, siempre corría, mucho corría. El cuerpo me daba para correr, era lo que se dice un metedor. No un metedor de esos de pierna fuerte, no... un corredor, era yo; un tipo molesto para el contrario. Me podían llegar a pasar, pero yo iba a recuperarme, me iba a poner a la par y me iban a tener que pasar de nuevo. Encima yo no fumaba, en realidad nunca fumé, ni lo probé al cigarrillo. Es que mi viejo me había dicho que no lo pruebe. Y yo, además de un pibe obediente, nunca fui pelotudo para esas cosas; porque yo veía que los pibes del Club, los más grandes, los muchachones que tenían 15 años, ya tosían de lo lindo... se agitaban ¡y tosían!. ¡15 años tenían!. ¡Y escupían!. Siempre que empezaban a correr terminaban escupiendo... Ahora, no te voy a decir que no me agité, que no boqueé cada tanto, en realidad constantemente boqueé, de entrada nomás, al primer pique ya estaba boqueando. Encima que tengo asma. ¿A vos te parece?, de grande me agarró, a los 31. Yo, que nunca probé un puto cigarrillo, que no conozco ni el sabor del tabaco, que jamás di un pitada, me vino a agarrar asma de grande... ¿No es una ironía?. Si hasta a veces me pregunto para qué carajo habré sido tan obediente. Asma me vino a agarrar. Si sabía que me iba a agarrar asma capaz que le hubiera entrado al pucho de lo lindo, aunque a lo mejor no, porque yo siempre fui medio pelotudo para esas cosas. Pero ojo, ahora he ganado mucho en experiencia. Sé cuando correr, sé cuándo amagar que voy a dar un pique corto y quedarme ahí, clavado en el piso, disimulando que en realidad no puedo... ahora sé cómo hacer para que nadie se dé cuenta de que no puedo. Sé cuando pararme a tomar aire, en el medio, en el círculo central imaginario y con los brazos así, en posición de “jarra”, esperar paciente que la pelota vuelva, porque la pelota siempre vuelve, es como la melancolía ¿viste?. Si vos estás parado, en el medio, como de cinco, la pelota va a pasar por ahí, tarde o temprano va a pasar. Antes no lo sabía, pero ahora sé leer el juego. Antes no. Antes corría y corría y no me agitaba nunca. Y eso, que nunca tuve muchos botines, algún que otro par de Sacachispas, de plástico y con un redondel blanco que protegía en el talón la parte huesuda del pie. ¡Ja!, “protegía”. ¡Qué iba a proteger! ¡Minga iba a proteger!. Si era un redondelito de plástico blanco y finito que se despegaba de nada. Y no parecían botines, se parecían más a zapatillas de básquet que a botines de fútbol. Pero eso sí, eran negros, como deben ser los botines... ¡Negros!. Porque los pibes con los que jugué ahora tienen unos botines que madre mía... Verde flúo, naranja flúo... ¡Rosas!. Había uno, que se tiraba por la izquierda, que tenía botines rosas. Ahora le dicen colores flúo... ¿A vos te parece?. ¡Andá a aparecerte por Defensores con botines verde flúo!. ¡Ja!. ¡Sí de pensarlo me río solo!... Si te agarraba el Tano Lettieri con los botines rosas y te cruzaba en la mitad de la cancha, no la contabas. No existía la menor posibilidad de que alguien se pusiera un botín rosa o verde flúo. Los colores “fluo” no existían... Yo no sé si serían cosas

de la anilina, del buen gusto o de no sé qué, pero no existían. Si el Tano te agarraba en la mitad de la cancha con botines flúo, te partía, así, sin medias tintas. Entre el aliento a pucho y la pierna peluda que te cruzaba, no existía la menor posibilidad de que pases la mitad de la cancha. Y ojo que la cancha de Defensores no era como las de ahora. No me vengan con césped prolijito, ni con caucho sintético... ni tierra había... La cancha era de baldosas, de baldosas rojas, de veinte por veinte, de esas que se ponían ásperas por la lluvia y por tanto baile. Porque en la misma cancha donde jugábamos todo el año, en el verano se hacían los bailes de carnaval. Supe que en algún tiempo glorioso ahí se bailaba con orquesta y todo. Los viejos corrían las sillas plegables de madera, corrían las mesas y los caballetes, se terminaban los sándwiches de chorizo y entre tinto y tinto se bailaba. Yo apenas alcancé a ver esos bailes, pero me acuerdo perfectamente. No me vengan con el césped prolijito y cortadito. ¡El césped no existía en esa época!. El césped empezó a crecer después. Andá a que te baje el Tano en la mitad de la cancha. ¿Sabés cómo te quedaban las rodillas?. Ahora no, ahora las canchas tienen pedacitos de caucho cortado y picadito. Para mí que deben ser los restos triturados de las cubiertas de los micros Bedford de la línea 202, que hacía el tramo Los Talas-Punta Lara, de ahí las deben haber sacado, para reciclarlas, porque antes el reciclado no existía, esas son cosas de los pibes de ahora. Los mismos pibes que a Defensores ahora lo llaman Cambaceres, como si fuera más moderno. Antes era Defensores a secas... Ahora le dicen Cambaceres. Había un chabón que le quería cambiar el nombre, Defensores de Ensenada, lo quería llamar, para que sea más amplio, para que nos comprenda a todos. Cómo si la palabra Defensores ya no nos comprendiera a todos... ¡Ja! ¡Las cosas que hay que oír!... A Defensores, ¡a mí Defensores!... Ahora las canchas como llevan esa especie de grana negrita -como las que se usan para ponerle arriba a las tortas- si te caes te amortiguan un montón. Nuestra cancha estaba marcada con pintura blanca, medio borroneada, pero no como para jugar al fútbol, como para jugar al básquet, porque en realidad era una cancha de básquet. En uno de los lados habíamos hecho un arco, pero en el otro lado, el arco eran los pilares que sostenían el escenario... con piso de madera era el escenario, de pino tea y ahí tocaban las orquestas de tango... Y si la pelota se te iba abajo del gimnasio -si era gol- no podías entrar a sacarla porque en la parte de abajo del escenario estaba todo inundado... nunca supe por qué mierda estaba todo inundado, pero siempre estuvo inundado, habrá sido algún caño roto de los baños que estaban debajo del escenario, para los artistas de las orquestas... la verdad que nunca supe bien. Pero yo tuve un solo par de botines que, encima, me quedaron chicos casi de entrada; es que la pata me crecía y me crecía. Antes, en la época en que me compraba zapatillas llegué a calzar 43, ahora que se puede afirmar que he vuelto regularmente a la práctica del fútbol, calzo 13, lo que pasa es que ahora la numeración viene de USA. Y no es que mis viejos no me quisieran comprar botines, al contrario, siempre tuve de todo. ¿Viste que cuando éramos chicos había un solo pibe en el barrio que tenía un fútbol?. Bueno, yo era ese pibe... En mi barrio, yo era al único que tenía fútbol. Yo era el pibe al que todos iban a buscar porque tenía el bendito fútbol. Dos, para colmo, tenía. Uno rojo y blanco, -como corresponde porque me lo compraron en el 68, por lo del Manchester-, con gajos pentagonales de cuero, y el otro, con gajos largos y paralelos, de dos en dos uno blanco y otro amarillo, que me entregaron cuando llené el álbum de figuritas... Abrí un paquete y la "Mona Chita" firmada me tocó, o Judy, la de Daktari, porque mucho no me acuerdo. Y ahí nomás llené el álbum, esa sola me faltaba. Vos presentabas el álbum lleno al kiosquero y al tiempito, a los pocos días, te daban el fútbol... como corresponde. No como ahora que las figuritas son de marca y si llenás el álbum no te dan un carajo... Y nada de andar garantizándote que ibas a llenar el álbum. ¡No señor!. ¡¿Qué es eso de hoy en día de andar garantizándote que vas a llenar el álbum?!. ¿Para qué

mierda voy a ponerme a juntar figuritas si sé de antemano que voy a llenar el álbum?. ¿Qué es eso del “Servicio de álbum lleno” y de andar recibiendo figuritas por correo mandando 15 mangos por cada figurita que te falta?. Antes era a suerte y verdad, ¡cómo debe ser!. Vos cambiabas figuritas a la salida de la escuela o las juntabas en el recreo. Los más vivos eran los que llenaban el álbum primero y tenían un toco que nos les entraba en la mano... El Chino..., el Chino era de los primeros en llenar el álbum, siempre era de los primeros, entonces un día cualquiera, cuando ya estaba aburrido, agarraba el toco de figuritas repetidas y las revoleaba en lo mejor del recreo en el medio del patio, para que las agarren los pibes..., por solidaridad, porque el Chino era un tipo solidario. Y cuando los pibes se ponían a juntarlas, apurados y agachados, venía corriendo el Chino y les pegaba una reverenda patada en el culo... Pero ojo, no te pegaba de puntín, te pegaba de lleno, para que amortigüe y no duela tanto. ¡Cómo debe ser, señor!. Nada de “Servicio de álbum lleno”. Si no llenabas el álbum nada de reclamarle a Santa Rita de la Horqueta SA... ¡Santa Rita de la Horqueta SA no existía!. ¿Y qué es eso de andar sabiendo quien es el fabricante de las figuritas?... ¡Las figuritas nunca tuvieron marca!. En esa época las figuritas llegaban al kiosco... ¡Qué sé yo cómo llegaban!. Vos ibas y te comprabas unos paquetes, nada de teléfonos, ni de hacerse socio del Club Panini, ni de hacer un depósito a la cuenta 093-014009/4 del Banco Río, para que te manden las figuritas que te faltan... ¿Qué es eso de escribir un mail al clubpanini@fibertel.com.ar?. No es de pibe de ley juntar figuritas si se sabe de antemano que vas a llenar el álbum. ¿O vos jugarías a la quiniela si sabes que vas a ganar? ¿Para qué?. ¿Qué gracia tiene si sabés de antemano que va a salir sí o sí el número al que jugaste?. Y las pelotas en esa época eran de cuero, no como ahora que son de plástico. Anda a pasarle cáscara de banana a las pelotas de ahora para que no se resequen. Seguro que si le pasas cáscara de banana se les produce una reacción alérgica que les come todo el plástico “jabulani” ese con el que están hechas las pelotas, porque ni fútbol se les puede llamar. ¿Vos viste un Tango o un Azteca hoy en día?. Deben estar todos hechos mierda... El fútbol, que a mí me dieron cuando llené el álbum de figuritas estaba medio como ovalado, pero se la re bancaba. Encima, era más liviano que el otro y los pibes le podíamos entrar mejor, porque el otro era pesado y duro. Me lo habían comprado en Bastons, en la calle 50. Nada de shoppings, ni de “grandes cadenas”, re profesional era el fútbol: auténtico. Pero ahora sé pararme en el campo, firme, altivo, como de cinco... Y aprendí a pegarle con las dos piernas, y con tres dedos, aprendí a hacer goles con la derecha y con la izquierda, y de taco aprovechando las chambonadas de los pibes con los que juego. Porque a mi edad ya son todos pibes para mí y ellos me ven con cara de “éste sabe, éste sabe de verdad”. Y mirá que corren como locos. ¡No se cansan nunca!. Decí que la canchita era chica. En el fondo de casa fue el partido, entonces yo podía llegar a hacer un ataque furibundo y volver a mi arco para marcar enseguida. Por eso se puede decir que fue parejo el partido. Entre ellos que no se cansan nunca y mi experiencia, se puede decir que fue parejo. Igual les gané, porque ahora que sé jugar, juego en serio y trato de ganar. Ahora que sé jugar, puedo decir sereno: “A mí no me gusta perder a nada”. Tampoco es cuestión de dejarlos ganar, porque resulta que ahora uno es un tipo que sabe. Jamás los dejaría ganar. No es digno dejarlos ganar. No es de caballeros. Los pibes son jóvenes pero no son pelotudos y se dan cuenta si los estás dejando ganar. Ahora les juego con el cuchillo entre los dientes. Además medio como que se les caería un ídolo si los dejo ganar y los ídolos están para eso, para adorarlos. Yo no los dejé ganar, pero por ellos, no por mí, para que no se les caiga un ídolo. Es que Julián jugaba con su amigo, Joaquinito, los dos contra mí y ellos tienen apenas seis años y todavía me ven como un ídolo... No como los hermanos más grandes que ya no me dan bola y que al costado de la cancha se reían de cómo se agitaba el viejo... Porque los dos más grandes están en esa etapa en que te cargan y te

cuestionan todo. Los más grandes me miran siempre como sufriendo cuando les hago chistes delante de sus amigos y eso que les hago unos chistes extraordinarios.... El otro día, mientras yo limpiaba la pileta, mientras transpiraba de lo lindo, Julián, el chiquitito, se fue a buscar las mismas sandalias que uso yo, para ponérselas, para estar igual a mí... ¿Te das cuenta?. Y se sacó la remera para quedarse en cuero, ¡cómo estaba yo!. Unas sandalias chiquititas que tiene él, fue a buscar, y se las puso aunque le quedan medio chicas... los deditos para afuera le quedaban. Porque a esa edad los pies te crecen todos los meses y los zapatillas te quedan chicas enseguida, como mis botines Sacachispas, los únicos que tuve cuando era chico. Todo para estar igual a mí... Por eso no los dejé ganar... porque ahora sé jugar al fútbol, aunque me agite, aunque el asma me haga buscar aire a bocanadas y desesperado y el corazón me galope descontrolado, aunque ya no pueda correr tanto...

Los pibes del club decían que si estabas por palmar toda tu vida pasaba en segundos por tu cabeza, como una película, rápida, de manera desordenada, con recuerdos nítidos y pensamientos desconcertantes y sin sentido.

Yo nunca les creí.

Para mí que eso era un mito, otras de las tantas leyendas urbanas. Cosas de los pibes de antes que hablaban por hablar. Como eso de que si tomás agua y seguís jugando al fútbol, te morís. Una pavada, similar a lo del vino y la sandía.

Al flaco Luengo sólo le pasó. En la canchita que estaba en la entrada de Astilleros. Los pibes hicieron un descanso, tomaron agua de la canilla de la cantina y al volver a jugar ¡zas!, cayó redondo en el piso, como sin un rayo lo hubiera fulminado. Los médicos del Cestino no pudieron hacer nada. Para cuando llegó la ambulancia del Hospital, el cuerpo ya estaba frío. Los pibes dejaron de ir a esa canchita por un tiempo.

En todo caso, de haberme pasado a mí, yo me hubiera acordado de mi viejo, con precisión me hubiera acordado, con minucioso detalle. De la tarde en que lo esperamos y lo esperamos y no volvió. Un 30 de marzo era, lo recuerdo bien. Con precisión. Mi viejo se había ido a trabajar y normalmente volvía al mediodía. Mi mamá se había empezado a preocupar de entrada. Ella lo esperaba con la comida lista. Yo siempre escuchaba el campaneado de la chapa de barco que él había puesto para superar con su Fiat 128 blanco patente 1.617.375 el cordón de adoquines de la entrada. Y lo esperamos a mi viejo. Toda la tarde lo esperamos. Yo tenía la edad que mis nenes más grandes tienen hoy. Pasaban las horas y no volvía, no volvía.... En realidad, nunca volvió... A eso de los 7 de la tarde vi pasar por la ventana de la pieza al celular de la policía. Entre los cuadraditos pequeños del mosquitero de la ventana blanca los vi pasar. Venían a avisarnos. Nunca supimos bien qué fue, quizás el corazón o un ACV... Nunca supimos bien.

Si hoy, mientras jugaba al fútbol con los chicos, me hubiera pasado algo a mí, entre los pensamientos desordenados y sin sentido, entre botines Sacachispas, el fútbol y figuritas, me hubiera acordado de mi viejo...

Dr. Pablo Guillermo Ortiz

El sonido de los años

Cuando cerró la puerta de su departamento comprendió que ya no había vuelta atrás. En penumbras llegó hasta las escaleras y comenzó el descenso. A tientas estiraba repetidamente la pierna derecha buscando alcanzar con la punta del pie el próximo escalón, donde una vez afirmada se reconfortaba en la seguridad de saber que estaba a salvo de caer, al menos hasta intentar un nuevo avance. En el primer descanso, hizo lo propio durante unos segundos hasta que nuevamente buscó el pasamano y asida a él con tanta fuerza como si su vida dependiera de ello, enfrentó el siguiente grupo de diez escalones.

En el segundo descanso, coincidente con el cuarto piso, sintió el impulso de subir al ascensor. Llegó hasta la doble puerta, abrió la primera pero no tuvo coraje para hacerlo con la segunda. Por un instante estuvo convencida que nada podría pasarle si lo usaba, pero su experiencia la había vuelto escéptica a confiar en su suerte. No le parecía seguro encerrarse en ese ataúd oscilante y menos aun la posibilidad de tener que compartirlo con algún desconocido. O peor aún, quedar a solas, cara a cara, con alguien que pudiera estar acechándola.

Una vez abandonado, casi por completo, el consumo de la industria química legal, le había llevado muchos años acostumbrarse a no sentirse mal en ese amplio semipiso del barrio de Once. Le costó tanto trabajo que una vez reconciliada con el lugar, se aferró tanto a él que ya no quería abandonarlo. Pero esa noche indefectiblemente tenía que salir y no podía demorarse más porque era presa de una cita precisa e ineludible.

Ya en la vereda, su andar se fue cargando de impaciencia. Apretaba entre el torso y sus brazos el paquete que llevaba en el bolsillo derecho de su impermeable marrón. Cada cinco o seis pasos, sus manos mojadas se aseguraban que lo que llevaba envuelto, aun estuviese ahí. Con sus dedos recorría de punta a punta el contorno del paquete y lo apretaba durante unos pasos más para luego soltarlo hasta repetir la secuencia. Tenía que ser muy cuidadosa, correr asustada y con tacos era una combinación poco recomendable y menos aún cuando las gotas de lluvia se adherían a sus anteojos dejándola casi sin visión.

Sabrina había pasado su infancia en el barrio de Almagro y aunque en distintas casas, vivió en esa zona hasta pasados los treinta años. Sus abuelos habían fallecido cuando ella tenía quince y la casa donde vivieron había quedado deshabitada. Algunos años después, cuando su madre se sintió fuerte para volver a entrar, fueron juntas a enfrentar los primeros recuerdos y acomodar un poco. Tomaron café, lloraron, se rieron y volvieron a llorar. Revolviendo cosas encontraron una caja que guardaba un fonógrafo y varios cilindros de cera. Como al menos en ese momento el tiempo no las perseguía, allí mismo se pusieron a escucharlos uno por uno. Muchos tenían músicas, otros audios con grabaciones de reuniones familiares y algunos cuantos, producto del tiempo, apenas emitían un sonido similar al del dial mareado de una radio con pocas pilas. Así fueron pasando cilindro por cilindro hasta que llegaron al único marca Edison, rotulado como “rollo número 3”, con una inscripción que decía “*большевик*” y en el que se escuchaba una voz descascarada y lejana que pronunciaba primero en inglés, luego en ruso, en francés y finalmente en español: “*Es todo cierto. Entregar este rollo en Mitre y Talcahuano, Buenos Aires, Argentina, el 4 de Junio de 2017 a las 19:50*”.

Estas palabras habían sido su obsesión durante muchos años y a ese destino se dirigía su alma entre resignada y expectante. En el camino, especulaba con que nadie estuviese allí esperándola. Sería un alivio, pensaba instintivamente para calmar el miedo. Tiraría ese maldito rollo en alguna alcantarilla y volvería rápido a su casa a sacarse la ropa mojada, darse una ducha caliente y empezar a planificar una nueva vida mientras comía chocolates. Estos pensamientos confortables se convertían en ruinas antes de completarse y eran invadidos por el orgullo, la curiosidad y la nostalgia. Toda una vida perturbada esperando ese momento para entonces no encontrar a nadie no sería justo, repensaba indecisa.

Esas últimas cuerdas no las transitó sola, todas las imágenes que en forma intermitente la habían torturado y alegrado durante tantos años de intriga, estaban ahí con ella. Eran a la vez tan reales y ficticias, que la confusión la estremecía hasta el punto de no saber si realmente ese era el día esperado o apenas otra de sus pesadillas. Era ahora y antes, era ella y sus fantasmas.

Era ella.

Sobre Talcahuano, firme y exactamente en la mitad de la ochava, había alguien. Sin paraguas, pero tan cobardemente cubierto contra la intemperie que no lucía rasgos ni edad. El agua de lluvia fluía por el cauce correcto recorriendo todo su cuerpo sin vulnerar la ropa. Las gotas plateadas que estallaban en el sombrero, bajaban por el ala hasta encontrarse con la solapa levantada del piloto azul, el que recorrían en picada hasta chocar contra el suelo, ya con menos brillo, pasando en algunos casos primero por sus botas.

Sabrina venía caminando por Mitre y pocos metros antes de cruzar la última calle se detuvo. Quedó entonces enfrentada vereda a vereda con el hombre del sombrero y aunque no podían verse bien debido a lo oscuro y lluvioso, ambos sabían que se estaban mirando el uno al otro. Sabrina avanzó. El hombre se quedó quieto esperándola.

No había mucho que decir, todo era más que obvio. El primero en hacer un gesto de acercamiento fue Manuel, quien simplemente extendió sus manos esperando recibir lo que ambos sabían. Ella le entregó el rollo con ambos brazos sin dejar, ahora sí, de mirarlo a los ojos. Quería preguntarle tantas cosas...tantas cosas que apenas pudo decirle “gracias por venir”.

Cuando el paquete, que pesaba no más de medio kilo, terminó de deslizarse entre sus dedos y dejó de estar en contacto con sus manos, Sabrina entregó con él parte de su cuerpo. La sensación fue al principio de angustia por la pérdida de algo que sentía tan suyo, pero inmediatamente sintió alivio, euforia, ganas de tener sexo. Volvió a ella la idea de hacerle miles de preguntas, pero simplemente se dio vuelta dispuesta a volver a su casa ya pensando en los chocolates. Apenas dio dos pasos cuando escucho:

- “Espere”

Sintió entrar esa palabra por su espalda, como un cuchillo caliente abriendo un pan de manteca. Como pudo, intentó dar otro paso en la misma dirección y volvió a escuchar: - ¡espere por favor!- Sabrina entonces giró hacia Manuel y parada inerte casi sobre el cordón de la vereda, sus manos rastrillaron el pelo mojado desde las sienes hasta la nuca y al final del recorrido quedaron entrelazadas colgando del cuello.

Entonces Manuel desarrolló el paquete que ella le había dado, lo revisó y lo guardó. Luego sacó de entre sus ropas otro rollo similar pero un poco más largo y mostrándoselo le dijo con voz resignada:

-Yo también tengo una grabación, pero con el número dos- Antes que ella pudiera reaccionar y mientras le mostraba la inscripción que tenía el suyo: “меньшевик”, le repitió con exactitud lo que decía esa grabación: *“Llevar este rollo a Mitre y Talcahuano, Buenos Aires, Argentina, el 4 de Junio de 2017 a las 19:50, recibir el rollo número tres y por favor esperar allí mismo”*.

-Puedo imaginarme su cansancio-, siguió diciendo, -debe ser tanto como el mío, pero no me deje solo. Por favor-

Sabrina apenas pudo empezar a evaluar si quedarse o no, cuando por la desolada Talcahuano vio una difusa sombra negra derritiéndose sobre el asfalto en dirección a ellos. Pronto la silueta se fue delineando y pudieron ver que se trataba de un anciano de mirada triste y severa que iba hacia ellos con paso lento, pero nada firme. Se quedaron inmóviles, ni siquiera intentaron mirarse. Ambos estaban convencidos que ese hombre era lo que esperaban. Vestía sobretodo negro, botas y gorro de invierno. Su barba y sus pobladas cejas parecían estar cubiertas de escarcha o de alguna especie de musgo ya en avanzada descomposición.

Cuando las piernas del hombre completaron el recorrido y lo acercaron hasta donde se encontraban ellos, se detuvo, giro noventa grados hasta quedar cara a cara con Sabrina, inclino su torso dejando su cabeza lo más cerca posible de la de ella y sonriendo un estertor dijo:

-¿tiene algo para comer?-

Si uno pudiera haber visto sus rostros, hubiera apreciado la transformación que sufrieron. La intriga y la ilusión de que aquel hombre fuera el puente con alguna revelación ancestral, se desmoronaron en segundos al contrastar ofuscados la cruel realidad que les mostraba. Antes que Sabrina dijera o hiciera nada, Manuel sacó de su bolsillo un paquete de garrapiñadas apenas empezado, de esos que vienen en un plástico cilíndrico y se lo dio al hombre, quien agradeció con un gesto austero y continuó su procesión hacia el mundo.

Luego de este fugaz encuentro, aunque gran generador de sudor, ellos continuaron firmes, mirando hacia la calle sin hablarse y sin saber qué esperar. Al pasar el tiempo sin que hubiera una mínima señal de epifanía alguna, nuevamente la tensión empezó a invadir sus cuerpos. Volvieron a acechar a Sabrina las dudas, los temores, la angustia... y sobretodo la inseparable idea de mandar todo a la mierda e irse a comer chocolates a su cama. A su casa, sí. Pero a su cama.

Así las cosas y siendo casi las once de la noche, la espera llegó a su fin. Por supuesto que nadie más fue al encuentro.

¿A quien se le puede ocurrir que, por una locura, capricho o en el mejor de los casos, una noble afición revolucionaria, pueda prosperar una cita ideada quien sabe cuántos años atrás, quizás más de treinta, cincuenta o cien? Menos aún cuando dicho chronopial plan, aparentemente basado en la perpetuación de información a través del audio de un rollo o

escondida en alguna parte física del mismo, claramente no ha sido cimentado con la organización, estructura y previsiones necesarias para prolongarse en el tiempo.

Sólo almas como las de Sabrina y Manuel, desorientadas y por qué no abiertas a todo, pudieron haberse convertido en rehenes de ese plan, que aunque seductor e intrigante, prometía muy poco desde el comienzo.

Con una tímida convicción de que no tenía más sentido seguir esperando, se miraron buscando en el otro, sin éxito, una mínima señal de certeza o confianza. Levantando puerilmente los hombros, Sabrina le dijo a Manuel:

-¿Qué hacemos?-

Fue entonces cuando él pudo reconocer en esa pregunta a una socia y no ya a una extraña atemorizada. Entonces reproduciendo casi con exactitud el movimiento de hombros le dijo:

-No tengo la menor idea, ¿Quiere un cigarrillo?

Mientras soltaban el humo de la primera pitada, dijeron al unísono:

-Me llamo *MSabnuelrina*- y una sonrisa despojada de pasado se les escapó a los dos.

Ineludiblemente empezaron a caminar. Lo hicieron hacia la izquierda, mientras el sonido de los tacos y los chirridos de las húmedas botas de goma, componían perfectos compases en un moderatto de 75 ppm. El viento marcaba un barrido envolvente y los silencios pesaban más que cualquier sonido. Caminaron algunas cuadras, refugiándose cada tanto en algún portal para esconderse de la lluvia, o de ellos mismos, al menos de ellos mismos hasta esa tarde del cuatro de Junio de dos mil diecisiete. Un poco más adelante encontraron un cafecito abierto y entraron con la fluidez y naturalidad de quienes se han citado allí mismo. Ella pidió un cortado en jarrito, él no.

Hablaron.

Algunas horas más tarde cuando salieron, caminaron juntos un poco más, hasta la esquina o algunas cuadras, o hasta Octubre.

Inclusive es muy probable que ahora mismo sigan caminando, ya livianos como el sonido, ya sin el peso de esas voces cilíndricas que fútilmente les habían encadenado los tobillos tantos años. Sin esos rollos que habrán quedado tirados en la esquina de Mitre y Talcahuano o en algún rincón del cafecito o quién sabe dónde, cuestión que ya no interesa.

Dr. Gonzalo Triviño

PRIMERANOTICIAQUETENGO

Durante la mayor parte de la vida de Antonio, una ceja derecha levantada acompañó todas sus actitudes admonitorias.

Se encerraban, en ese gesto, la continuidad de su padre y de su abuelo, su breve crianza en la Europa natal, en fin... los principios.

Hubo épocas que le intentaron abofetear y desordenar muchas cosas, pero ¡no le iban a ganar!.

Solía decir en su casa “¡PRIMERANOTICIAQUETENGO!” ante cada hecho que no le hubiera sido notificado de una manera, ante todo personal y, por añadidura, formal y, de ser posible, oficial.

Hasta que Víctor no le entregó en mano el enrollado diploma, no participó del brindis ni lo abrazó ni, por supuesto, concedió llamarlo “ingeniero”.

Así, pasó por alto enfermedades, visitas y toda clase de acontecimientos familiares. Nunca olvidaron cuando, en el casamiento de Carla, hubo que ir a buscarlo a la casa cerca de medianoche, ante su fingida sorpresa y una pretendida falta de información sobre horarios, lugares y hasta casi del hecho en sí de que le adjuntaran un yerno a la familia.

“Y éste...¿quién es?” martilló a todos, con el gesto de siempre para estos casos, cuando, inconsultamente, le pusieron en brazos a su segundo nieto.

Todo, porque la mayoría de los anuncios estallaban en la mesa, o al abrirse una puerta, o precedidos por un intolerable “¡Mamá, no sabés!” o “¡Mamá, adiviná qué!” o abrazos y risas y sollozos con “Mamá...” y “Mamá...”.

Aún ahora, Antonio no puede evitar, cada tanto, romper algún que otro vaso al oír esas expresiones. O poner el sillón lo más lejos posible de su lugar para que alguien tenga que tomarse el trabajo de ocuparse de las cosas de él.

Eso, cuando no se dedica, como en el resto de las horas del día y de la noche, a sacar sus libros de la biblioteca o a descolgar algún cuadro o a revolver las fotos familiares

Cosas que, desde luego, no haría si alguien se hubiese tomado el trabajo de comunicarle formal, oficial y personalmente, que hace ya casi un año que se ha muerto.

Dr. Luis Alberto Crespo

Dislalias

Allá por septiembre de 2007, un recordado día 28, el papá de mi señora, caballero poeta, y viceversa, comenzó una breve estancia en nuestra casa de unos diez meses, a la que él mismo denominó como “vacaciones en el spa”.

Vino luego de un ACV con intervención quirúrgica llevada a cabo un olvidable 28 de febrero. Vino, también, deprimido y estrenando siempre, y día a día, su viudez, desde el mismo fatídico día en que un macabro y planificado combo del destino le dejó impuestos impagos, servicios cortados, su casa -y mi camisa blanca- infestada de pulgas, el bolsillo vacío y carente de tarjeta, el cuerpo a medias y la mente plena.

Luego de siete meses sin bañarse bajo la ducha, sólo una condición le pusimos: se debería higienizar-para recuperar la dignidad propia- todos los reverendos días.

Fue -estimo- para él, un período de profunda introspección, de lectura copiosa y de la más solitaria soledad-acompañada. Fue -lo sé- para nosotros, un período de sacrificio, de luz, de diccionario en mano, de aprendizaje y de palabras nuevas; de charlas sobre arte, música y poesía.

< Fue -lo sé- para él, un período gris, de llanto diario y a toda hora, de puteadas, de “porqués”, de “pordioses”, de llovizna y de tristeza. Fue -estimo- para nosotros, la ferviente necesidad de aferrarnos a la vida y, de manera paradójica, el germen quizás de futuras y más propias tristezas.

Consecuencia de una leve dislalia y de alguna mano más ligera, las *medallas* laborales de oro obtenidas con tesón y sacrificio que guardaba prolijamente y con orgullo en su casa, pasaron a ser doradas ausencias “*melladas*”. Sus *calambres* corporales, consecuencia de sus ejercicios diarios en rehabilitación, dolorosos y molestos “*lacambres*”.

Inmovilizado en su lado izquierdo (como no podía ser de otra manera, pues él es zurdo), escribió profusamente. Primero en su mente, para luego plasmar en el papel y con el tiempo, parsimoniosamente y tecla a tecla, todo ello, con su mano única.

Cada tanto sometía a mi arbitrio sus poemas, para que opinara y los corrigiera -entiéndase-, sólo en su mecanografía. Y para mí, que siempre había sostenido que sus versos eran blandos y espumosos (acostumbrado, quizás, a Roque Dalton y sus “cosidos a balazos en la frontera”; a José Martí y sus “versos como puñal”; a Nicolás Guillén y su “inglé de estraivan y uan tu tri”; a Miguel Hernández y “sus dentelladas secas y calientes”), me resultaba imposible leerlos, pero esta vez por agudos, por viscerales, por descarnados; por vislumbrar ahora, entre lo blando y la espuma, la llaga sobre llaga.

Uno de los últimos (y me refiero a los que leí, pues siempre siguió escribiendo), hablaba sobre su mano izquierda: ahora inmóvil, ahora torpe, ahora ociosa, ahora inútil; antes de niño, suave. ágil y regordeta. Y esa escritura recibió elogios de parientes y amigos. Y recibió esmerados contrapuntos literarios de la misma mano ligera. Y yo, que andaba ya rozando los tentadores ripios de la banquina, tuve el poco tino de responderla; más cerca del latrocinio que del arte; más próximo a la falta de tacto que a la belleza:

Abuelo Toni

Sinónimo de medida, anagrama de acendrado tino.

Una nueva travesura a enmendar me ha cedido.

Su palabra: zarina de magnolia blanca y espuma.

Sus versos: dragoneantes de Neruda,
guachos de machete, ausentes sin aviso de guadaña,
sólo, por Ley, a ritmo de cumbia o de cuarteto pueden ser leídos.

Pretende convencernos de que su mano izquierda regordeta...

Pretende convencernos de que su mano izquierda hoy ociosa...

¿Acaso no fue creadora del rosal y su mejor rosa?

¿Acaso no fue que de su mano, a mi mano vino,

a golpes de Rodin y mimbre de Madre,

la que a solas llora,

la de cristalino cristal en sus ojos,

la que no conoce de tarjetas azules ni números rojos?

Y cómo duermo con ella, es que no me engaña.

¡Al cuerno con sus versos!

Qué de su presunta torpeza no le creo.

Que estoy grande y -enhorabuena- soy jodido.

Que tengo por oficio, desenmascarar farsantes que se empeñan
en dar “lacambres” bajos a mi alma.

Que de seguro que ésta es otra de sus tretas,

para obtener ahora una nueva medalla (mellada -claro está- pues viene de su yerno);

o bien, para que continúen suspirando las maestras solteronas a la salida de su hija mayor -
la menor-, de la escuela.

Que Usted ni está talado y ¡Hay retoños!

Que ni es olmo seco y el jazmín de la columna pregona, insolente:

¡PRIMAVERA!

Una temprana mañana del mes de julio del año siguiente, mi esposa (su hija menor) embarazada desde un 28 de diciembre, por cuarta vez, de nuestro tercer niño, regresó con

su panzota de siete meses, llorando, a nuestra pieza. Toni se había descompuesto y ella había terminado de bañar, como todas las mañanas, a su padre y de limpiar a fondo la pieza en la que él dormía, la de nuestro hijo Joaquín.

Me abrazó, exhausta y -para mi sorpresa- agitada, se apoyó sobre mi hombro y al recuperar el aliento, casi implorando, me susurró al oído, tan dulce y suave como ella es:
- Quiero preparar la casa para empezar a sentir olor a bebé de nuevo.

Yo, por ese entonces, ya había realizado los trámites para reconectar el teléfono de la propiedad de Toni, había terminado de pagar sus impuestos y servicios adeudados, había cancelado el saldo impago de su tarjeta de crédito y la había dado de baja, mientras que él mismo, añorando su regreso, mandó a desinfectar su vivienda.

Regresó a su casa un domingo 20 de julio. Contratamos dos asistentes. Sus cuñadas le cocinaron, sus hermanos lo asistieron. A los pocos días, del ficus desfoliado, triste y sediento de la entrada, volvieron a salir unos tiernos brotecitos verdes.

María, mi siempre joven jazmín, la madre “añosa” de los interminables estudios médicos, dio a luz por tercera vez, naturalmente, a sus cuarenta y uno, dos meses más tarde.

Y, milagrosamente, porque la vida es cíclica y el tiempo es primavera, y luego es verano, y es otoño, y reverdecer, un día Toni volvió a sonreír. Sus versos volvieron a ser blandos y espumosos. Y una vez más, como lo fueron cincuenta años atrás, los ojos de ella volvieron a ser verdes y esmeralda. Y una vez más volvió a ilusionarse con su llegada y su presencia. Tan distinto, tan después y, a la vez, tan igual.

Y un tiempo más tarde, acá ando yo, con mi niño de tres años a cuestas, escribiendo modestias y pequeñeces; enseñando a sus celestes ojitos curiosos las palabras - todas- nuevas; ocupándome siempre, y una vez más, de mi otorgada profesión de docente y corrector mecanográfico; encargándome de tipeos nuevos, de letras y palabras ganadas tecla a tecla, y de las, ahora, más simpáticas y graciosas de las dislalias.

Más lejos, esta vez, de Martí, de Miguel Hernández y de Guillén.

Más cerca, ahora, de “Hulk”, de “Jake y los piratas” y del “Hombre Araña”.

Más lejos de medallas “melladas” y los dolorosos “lacambres” en el alma.

Más próximo, hoy, a “cochocolates”, “pazatillas” y “puncutadoras”.

Dr. Pablo Guillermo Ortiz

Hace horas que está acostado sin poder dormir. Se levanta, toma un vaso de leche fría y se vuelve a acostar.

“No los soporto más” -dice mientras apoya la cabeza en la almohada- “todas las noches la misma historia”. “¡Por qué no se matarán de una buena vez!”.

La agresividad de la discusión va en aumento a la par de la noche. Ella, Gladys, parece estar reprochándole las ausencias reiteradas del hogar. Él, Héctor, a cada tanto vocifera de tal modo que más de una araña que cuelga del techo pediría que baje el tono de voz. Gerardo trata de reconstruir el diálogo en base a las palabras sueltas que atraviesan el cielo raso: ¡No estás nunca!, ...siempre apagado, ...mentiras, ...andate, cerveza..., bar..., estoy cansada.

- ¡Cállense carajo!

El que grita ahora descontroladamente es Gerardo que abrió la ventaba que da al balcón y sacó medio cuerpo afuera. Sabe que es en vano tanto esfuerzo, ya lo intentó otras veces y las peleas son cada vez más seguidas y de mayor violencia. Hasta fue tema de discusión de la última reunión de consorcio.

Pasan pocos minutos, no más de cinco cuando un fuerte ruido acalla las voces. Algo se vuelca, es una caída en tramos, que termina en un aplastamiento sonoro.

Por el estruendo que hace Gerardo piensa que es un bulto pesado. Descarta la caída de una silla o mesa porque no le parece que haya sido algo de madera. Tampoco está seguro de que sea el cuerpo de alguno de ellos. Lo extraño es que ninguno volvió a hablar. Gerardo se sienta en la cama, preocupado. No sabe bien qué hacer, ¿llamar a la policía? ¿Ir al departamento a ver qué está ocurriendo?

La pareja conflictiva vive en el tercer piso, justo encima del departamento de Gerardo. Hace poco que se mudaron, no tienen hijos y se los ve poco en el edificio. Gerardo los cruzó un par de veces en el ascensor y el choque de miradas seguido de un parco “hola” habla de un trato poco amigable. El hombre es robusto, de facciones toscas y voz áspera. Contrasta notablemente con Gladys que luce una figura más bien esbelta y delicada.

Espera otro rato mientras decide qué hacer. Sigue el silencio. Si no escucha nada más podría seguir durmiendo cómodamente. Pero él sabe que la discusión de esa noche es distinta. ¿Qué fue ese ruido? Y lo peor aún, lo que más le exaspera es ese silencio, incómodo, predictivo, de mal agüero. O será que necesariamente la mente humana, algo corrompida, asocia el silencio con la desgracia. Hecha esta asociación las opciones son varias: él la mató a ella, ella a él, un tercero los mató, o simplemente se cansaron de discutir. Queda por saberse -si es que hubo alguna muerte- la forma: golpe seco con objeto contundente, puñalada, asfixia. Está descartado un disparo porque nada se escuchó, aunque podría haber sido con silenciador. Y como dicen siempre en las noticias, hay que ver el móvil: dinero, infidelidad, robo. Ninguno de ellos es lo que puede llamarse adinerado, de lo contrario no vivirían en un modesto edificio como esos. La infidelidad es algo que Gerardo no descarta por completo, si bien nunca presenció alguna situación extraña o sospechosa. Tampoco puede dejarse llevar por las apariencias, ni Gladys tenía aspecto de mujer de varios hombre ni Héctor de mujeriego, pero uno nunca sabe.

Otro golpe, más hiriente que el anterior.

Gerardo se sobresalta, está tendido en la cama tratando de descartar hipótesis. Rápidamente se calza las pantuflas, se pone un sweater y va hasta la puerta. “Esto no da para más”. Las llaves no están puestas así que vuelve al living y empieza a buscarlas. Palpa los bolsillos del montgomery que está colgado en el respaldo de una silla. Revisa los

cajones del cristalero. Busca en las alacenas de la cocina. Su rostro empieza a teñirse de un rojo bermellón. Los gritos se suceden en el piso de arriba. Intenta en el dormitorio: revisa entre los almohadones por si cayeron allí, abre los cajones de la cómoda con sus manos sudadas. Se maldice por no haber comprado nunca esos portallaves que siempre le parecieron innecesarios pero que hoy le hubiesen ahorrado el tener que dar vuelta la casa. Escucha un grito, de mujer. “Gladys”, se dijo. Mientras pronuncia ese nombre, levanta la cabeza y ve en el espejo el reflejo de la desesperación de un hombre. Las pocas veces que Gerardo tomó coraje para luchar por una causa que creía justa, fracasó. La primera había sido veinte años atrás cuando intentó salvar su propio matrimonio de un derrumbe anunciado. La última vez había sido hacía unas semanas cuando quiso ayudar a un caballo moribundo que arrastraba una pesada carga en pleno centro. Terminó escapando de milagro de la bandada de piedras que el dueño del carro le arrojó. Entre la primera y la última, los fracasos se sucedieron con resultados similares. Cuando le pasaban cosas como esas, juraba así mismo que nunca más habría de intervenir en asuntos ajenos. Pero ahora, de pie frente al espejo en su propia habitación, sintió el llamado interior de tomar partido una vez más. Indudablemente, no tenía más remedio que dejar el juramento a un lado, al menos por esa noche.

Mientras procura autoconvencerse de su decisión, recuerda que ese día había ido al supermercado. Quizás las llaves hayan quedado en alguna de las bolsas. Va hasta la cocina y revuelve. No encuentra nada, las bolsas están vacías, pero estaba seguro de haber usado una de ellas para tirar la yerba. Revuelve en el tacho y se alivia al palparlas en el fondo.

Un golpe más y es el tercero de la noche.

Sale al pasillo desesperado y llama al ascensor casi por inercia. A pesar de vivir en un segundo piso nunca se acostumbró a usar las escaleras. Los números rojos hundidos en el cartel metálico indican que la máquina está en el noveno y tardará algo en llegar. No puede esperar más y con algo de agitación sube los escalones de los que siempre rehusó. Cuanto más se acerca, más afina sus oídos. Hubiera subido los escalones de a dos si su estado físico se lo hubiera permitido y de no haber sido por perder una chancleta que lo hizo trastabillar más de una vez.

Ahora escucha claramente los gritos de Héctor y los vidrios que estallan. Solo quedan cinco escalones y Gerardo apresura el paso. Se suman las puteadas, ella que le dice que se vaya, que no lo aguante más. Él que le contesta que viven de su dinero y que se deje de joder.

Está en el pasillo, camina lo más rápido que puede. Tiene la nuca transpirada, los pies fríos y escamados y un dolor de cabeza que le aprisiona los nervios. Tercero B. Ya está enfrente de la puerta.

Levanta la mano con clara intención de llamar. Es mejor no tocar el timbre. Su dedo índice semi-doblado está a escasos centímetros de la puerta. Gerardo la mira y se sorprende. Se da cuenta, por primera vez desde que se mudó allí, que la letra B dorada es más grande que la de su propio departamento. ¿Será que a medida que los pisos son más altos las letras se agrandan por qué sí? Un florero o cenicero parece caer. Eso está sucediendo tan solo a unos metros de donde él está. ¿O será que pagaron más por una B más generosa? Gerardo se acomoda el sweater. Gladys sigue gritando y Héctor la sigue insultando. Gerardo agacha la cabeza y sus ojos se encuentran con uno de sus pies desnudos. Ahora entiende por qué sentía la baldosa adherida a la piel. Deduce que la pantufla que le falta debe estar por la escalera y que sería conveniente volver por allí. Además, bajar siempre es más fácil.

Dra. Silvina Sartelli

Felicidades

Se cortó la luz. Es domingo y estoy en mi casa, aburrida. Emma me sigue por toda la casa, tiene más miedo que yo. Mamá me manda a buscar velas en los cajones de la cocina. Busco en el segundo porque siempre están ahí, pero no encuentro nada. En el primero guardamos los cuchillos y tenedores así que en ese no pueden estar. Me queda el tercero. Revuelvo entre repasadores usados y encuentro el paquetito. Quedan solo dos.

Golpean la puerta. Es raro escuchar eso, siempre tocan el timbre. En la calle también está cortada la luz. Mamá nos dice que nos quedemos donde estamos. Va hasta la ventana de la cocina y mira hacia la entrada de casa, pero está tan oscuro que no debe ver nada.

Golpean de nuevo. Esto ya me asusta. Emma me mira, aunque con la vela su cara se ve como un monstruo que está a punto de devorarme. No sé si me da más miedo el ruido de la puerta o la cara deforme de mi hermana. Mamá vuelve de la cocina e insiste en que sigamos jugando.

- ¿Quién es, mamá?

- No sé hija, no se ve nada. Pero ustedes quédense quietas por acá.

Mientras va hasta la cocina otra vez, yo me bajo de la silla sin hacer ruido. Emma me sigue. Empiezo a caminar hacia la puerta de entrada. No golpean más. Antes de llegar a la puerta escucho un ruido, como de papel. Emma se tropieza con un sillón y mamá se da cuenta de que nos movimos. Nos llama, retándonos. Mientras Emma se queja del dolor en el pie yo busco el papel en el piso, como hice hace un rato con las velas. Capaz que es una revista o un diario. Pero quién va a tirar un diario por debajo de la puerta un domingo y sin luz.

Ahora que lo pienso mejor, puede ser él. ¡Hace tanto que no lo vemos! Las veces que pregunté por papá, mamá me dijo que estaba de viaje, muy lejos y que algún día iba a volver, pero que no sabía cuándo. Con un poco de suerte viene hoy.

Escucho que mamá está viniendo y justo encuentro el papel, parece un sobre bastante grande. Lo quiero esconder pero en el living no se ve nada, las velas quedaron en el comedor. Mamá ya está en el pasillo, nos llama. A mí primero, siempre me llama antes que a Emma, no sé si es porque soy la más grande o porque mi nombre empieza con A y la A está antes que la E en el diccionario.

- ¡Les dije que no se muevan! ¿Qué hacen acá? Volvamos al comedor.

Mamá no se da cuenta del sobre, lo pateo y ni idea a dónde quedó. Quizás abajo del sillón y si para cuando vuelva la luz nadie lo encontró, puedo ser la primera en leerlo. Después de todo lo encontré yo. ¿Me habrá dejado un regalo papá?

Como nos cansamos de jugar al ta-te-ti con Emma inventamos dibujos sobre los papeles que nos quedan. Usamos crayones de colores pero está tan negro que es lo mismo usar cualquier color. Las velas ya van por la mitad, siguen chorreando esa pasta clarita que queda pegada alrededor y con Emma se nos ocurrió dibujar esas formas raras.

Mamá camina. Va hasta el living y vuelve, tiene la misma cara que pone cuando Emma o yo nos enfermamos, una cara más larga de la que tiene siempre y con la frente más arrugada ¿será porque golpearon la puerta o por lo poco que falta para que se terminen las velas?

- Mamá, ¿qué vamos a hacer cuando las velas se apaguen?

No me contesta, pero seguro que nos iremos a dormir. Me parece oír algo raro en la pieza de adelante. Llamo de nuevo a mamá y como no responde le digo a Emma que se vaya a fijar. No quiere ir sola, entonces vamos las dos de la mano como si el miedo de las dos se uniera y se convirtiera en un único miedo más chiquito.

Llegamos al living y volvemos a llamar a mamá pero tampoco nos responde. Le digo a Emma que vaya a buscar una vela antes de que se termine de apagar del todo y que la traiga despacito porque si viene corriendo el aire la puede apagar.

Yo me quedo sola. La oscuridad no se quiere ir, respiro y todo parece estar más negro aún. No entiendo qué pasa, mamá no aparece y Emma no vuelve. Siento un aire que me mueve el pelo, como si fuera una capa que me envuelve y me hace sentir peor. Recién ahí me doy cuenta de que la puerta que da a la calle está un poco abierta. ¿Mamá salió?

- Apurate Emma -le digo. El pasillo es cortito, no puede tardar tanto.

- Ya voy.

La escucho tan bajito que parece que me habla desde otra ciudad. Como Emma tarda, asomo la cabeza por el hueco. Afuera todo está negro. Nuestra puerta da a una pequeña entrada y luego recién está la vereda. Se escuchan voces, pueden ser vecinos o alguno que justo pasa por ahí, cerca de mi casa. Pero no llego a entender qué dicen. También escucho pasos, rápidos.

- Emma -llamo por segunda vez. Tampoco responde.

No cierro la puerta, me siento tranquila si escucho que hay gente por ahí, aunque no la conozca. ¿Dónde está mamá? ¿Habrà ido a comprar más velas?

Desde el living veo que el comedor está completamente oscuro. Las velas se deben haber terminado. Seguro que Emma no llegó a traerlas o se les apagaron en el camino y no me quiso decir. La oscuridad es un monstruo que me está robando a mi familia.

Veo un reflejo muy finito. Viene de la calle. Camino rápido hasta ahí, me quiero ir. Pero no quiero dejar mi sobre acá, no sé qué tiene pero ya es mío. Estiro mi brazo debajo del sillón, por suerte es flaco. Unas telarañas se me pegan en la mano. Lo doblo y como mi vestido no tiene bolsillos lo ajusto con el elástico de la bombacha para no perderlo. Ya estoy en la calle. Mamá no hubiera dejado salir sola pero como ella no está nadie puede retarme.

Me da lástima dejar a Ted en casa solo. Es mi oso de dormir. Quizá Emma se acuerde y lo agarre antes de salir. Por las dudas le dejo la puerta abierta para que me siga.

Pasa gente a mi lado y apenas puedo ver sus caras. Las luces de los autos brillan mucho a veces, parecen las de mi arbolito de Navidad.

Me choco con unas piernas altas y una panza bien grande. Recorro con los ojos el cuerpo gordo y antes de llegar a la cara veo una barba blanca. Es un hombre que me sonrìe, por lo poco que puedo ver con las luces de los autos que siguen pasando.

Me agarra del brazo.

- ¿Estás sola? -me pregunta.

- Sí -le digo y también muevo la cabeza hacia adelante y hacia atrás para confirmar.

Después que dije eso me arrepentí. Mamá siempre nos dice que no tenemos que hablar con gente que no conocemos en la calle y mucho menos seguirlos.

Me ayuda a cruzar la calle. Los autos pasan tan cerca que hasta me hacen cosquillas. Después me sienta en un escalón y me vuelve a preguntar por mi mamá y por mi casa. Se cree que estoy perdida, pero le digo que no, que vivo ahí cerca -estiro mi brazo para mostrarle- y le cuento que me tuve que ir porque mi mamá salió y no sé dónde fue y Emma no aparecía. Y además me olvidé de Ted.

Después de todo lo que le dije, se para. Cruzada de brazos sobre mi panza -que ya hace ruido del hambre- lo miro. Vuelve a cruzar la calle y se detiene en la puerta de mi casa. Mira para los dos lados. Eso es lo último que veo porque justo pasaron varios autos juntos con esas luces blancas y fuertes y lo pierdo de vista.

No me voy a quedar a esperarlo. Lo que más me preocupa es encontrar una lucecita para poder leer el sobre que todavía tengo en la bombacha y a cada tanto se me clava en la panza, y me hace doler como el hambre.

En la otra esquina está la farmacia a la que siempre vamos con mamá. No sé si está abierta pero tiene ese cartelito verde en forma de cruz, que se prende y apaga. Camino un poco más, cruzo otra calle y ya estoy debajo. Saco el sobre, es blanco liso, adentro hay una tarjeta. Tiene muchos colores en la tapa, con un arbolito dibujado y cintas brillosas. La letra es chica pero dice FELICIDADES, en mayúsculas rojas.

La abro. Busco de un lado y no veo que esté escrita. Miro del otro y tampoco veo nada. Vuelvo a mirar por las dudas. Está en blanco, sin letras ni dibujos. Pienso que si la mandaron a casa y no es ni para mamá y ni para Emma me la puedo quedar, aunque papá me hubiese puesto "Para mi solcito", como me llamaba siempre. A lo mejor como está tan lejos no quiso gastar plata en tres tarjetas distintas y solo mandó una para todas y por eso no puso mi nombre. Seguro que fue eso. Me gusta tener un regalo de Navidad antes de que llegue Papá Noel.

La guardo de nuevo entre la bombacha y mi vestido. Quiero ir a casa, seguro que mamá ya volvió, es solo una cuadra pero siento que estoy tan lejos que tendría que volver en avión para hacer más rápido. Mientras pienso todo eso, una mano se me clava en el brazo y no quiero ni mirar por si es el hombre gordo otra vez.

- ¡Ana, por Dios hija, donde estabas!

Esa voz de mujer me es conocida, es la de Mirta la dueña de las galletitas más ricas de toda la ciudad. Nunca entendí por qué la gente grande te dice hija cuando no lo sos, ella tiene sus hijas.

Con el poco aire que me queda le cuento sobre las velas, Emma, mamá, el hombre extraño, la farmacia. Lo que no quiero contarles es lo del sobre y la tarjeta, eso va a seguir siendo un secreto.

- ¿Qué hombre, Ana? ¿Te acordás cómo era?

- Alto, gordo, con barba blanca. Casi como Papá Noel.

- Ay Dios mío Anita. No tenés que hablar con desconocidos... ya sabés...

"Otra vez con de Dios y todo eso", pensé. Igual le dije que el hombre no me había hecho nada, que habíamos hablado, pero que estaba cerca de casa y que eso no me había gustado.

- ¡Ah! Con razón, ahora entiendo todo.

Mirta empieza a caminar tan rápido hacia casa que mi brazo se hace más finito que nunca. Casi volamos. Al doblar la esquina, lo primero que veo es a mamá hablando con un policía. Después veo a Emma que llora a gritos agarrada de la pollera de mamá. Y también está él, el hombre gordo y uno de los policías lo empuja adentro de esos autos que tienen una luz azul que gira. Parece que él se quiere sentar adelante, pero lo meten atrás, donde van los chicos como yo. El auto arranca y cuando pasa cerca de nosotras me saluda con la mano. Creo que a Mirta no le gusta que yo también lo salude.

Mi arbolito está brillando de nuevo, tanto o más lindo que el de la tarjeta. Se ve la punta por la ventana del living. Todo volvió a ser como antes.

Sonrío, me suelto de la mano de Mirta y grito bien fuerte:

- Mamá, acá estoy.

Dra. Silvina Sartelli

La casa de Marsella.

- Se está muriendo –dijo la voz del teléfono.
- ¿Segura? ¿No será otra falsa alarma? Mirá que la última vez...
- Escúchame, Agustín; vos no estás acá, viendo como el párkinson se lo devora día a día, no vas a comprarle los medicamentos, no le cocinás, aunque ya casi no come... no, querido, no; si te digo que se muere, es porque se muere. O lo perdonas, o la casa de Marsella va a ir a parar al fisco francés.
- No lo veo desde que supe lo que hizo. ¿Y si en estos años cambió de idea?
- Imposible. Le he escuchado decir, en sus conversaciones con Antonio, que todavía guarda el contrato sin fechar, con la esperanza de que algún día lo firmes.
- No sé si estoy preparado para verlo de vuelta...
- Decidite pronto, porque ya no tenemos más tiempo. Esta mañana se reunió con Ramírez, el escribano.
- Pero, ¿Cómo?, ¿ya firmó los papeles?
- Solo sé que estuvieron más de dos horas encerrados en el cuarto. No pude escuchar nada porque el viejo me mandó a hacer las compras.
- No sospechará de vos...
- Decime: desde que me metiste en esta casa, ¿Tuviste alguna queja?
- Nunca, es más, creo que al viejo le has alargado la vida.
- “Es por poco tiempo”, “Cualquier día se muere”, me decías... y ya vamos para los dos años.
- Al menos, no te pedí que lo mates –Agustín oyó una débil campanilla.
- Te dejo, me está llamando. No te olvides –agregó antes de colgar–, vení sin falta, que de esta noche no pasa.

Supo que faltaba poco para llegar, cuando el Fiat Uno comenzó a estremecerse por el adoquinado de las calles de Banfield. El auto se detuvo con un carraspeo ahogado. Agustín miró a través de las altísimas rejas: un parque enorme, verde y claro, rodeaba a la mansión que se hallaba al final de un sendero empedrado. Las tejas naranjas, las paredes musgosas, y los pinos que flanqueaban el caserón, le hicieron recordar los paseos junto a su madre, olvidados en lo más recóndito de su infancia.

Tocó el timbre. La figura de Antonio no tardó en aparecer.

–¿Cómo sigue mi tío? –le preguntó al mucamo, apenas éste abrió la reja.

—¡Don Agustín! ¿Usted, por acá? ¡Qué sorpresa! Bueno, el señor Cristóbal no anda muy bien. Viene durmiendo mal, las últimas noches se las pasó leyendo en la biblioteca. Hace cosa de una hora, se descompensó. La enfermera todavía está con él.

Subieron las escalinatas ennegrecidas por el moho y entraron en el vestíbulo.

—Quiero verlo —dijo Agustín.

Antonio alzó su mano rugosa y señaló las escaleras.

—Está en su cuarto —dijo con voz afónica.

En la oscuridad, el cabello plateado del tío Cristóbal brillaba como las cenizas de un fuego a punto de extinguirse. Su largo cuerpo dormitaba sobre una infinidad de almohadas. Agustín corrió el dosel púrpura y se sentó al pie de la cama. La enfermera estaba de espaldas, ordenando un sinfín de medicamentos desparramados sobre la cómoda.

—Déjenos solos, Andrea —ordenó Agustín.

La enfermera recolectó una serie de recetas y las guardó en un maletín.

—Me voy a la farmacia, don Cristóbal —dijo, y se retiró en medio de un silencio cómplice.

El tío Cristóbal no le prestó atención.

—Creí oírte decir que nunca más pisarías esta casa —disparó el viejo, con una voz fatigada por la disnea—, pero ni ella ni yo, tuvimos la culpa. El suicidio de tu padre...

—No vine a hablar de mi papá —lo cortó Agustín.

—Nadie tuvo la culpa... —insistió el anciano.

Agustín explotó.

—Nadie tuvo la culpa, excepto vos, y esa mujer, que no puedo llamar madre. Si mi viejo se mató, fue por la vergüenza que le causaron ustedes dos.

—No hables así de tu madre, más cuando ya no está para defenderse —replicó Cristóbal.

Agustín se incorporó de un salto. Apretó las mandíbulas y corrió las cortinas. Un fognazo de sol bañó la habitación.

—¿Por qué no le decís a la inútil de la enfermera que abra, de vez en cuando, las ventanas? Este lugar apesta a remedios.

—El aire fresco podría matarme, hijo. En cuanto a la luz... bueno, la luz no hará que estas manos dejen de temblar —dijo, alzando sus brazos trémulos.

Agustín no lo escuchaba. El odio lo había vuelto sordo. Miraba, a través de la ventana, cómo la primavera jovial de noviembre seguía su curso, con sus flores y sus pájaros, sin importarle los rencores ni los moribundos. En un rincón del parteluz, una mosca giraba inerte, atrapada en un filamento de telaraña.

—La muerte te rodea, tío —dijo, regocijándose ante el destino final del desahuciado. Al parecer, los oídos del viejo no estaban tan deteriorados como sus manos, porque respondió, algo resignado:

—Estoy seguro que esta noche vendrá a verme.

De repente, se animó:

—Sabes bien que nunca he querido comprar tu perdón, pero si has venido —un acceso de tos lo interrumpió—, si has venido, es porque deseas aliviar mi culpa antes de que parta.

Agustín se dio la vuelta y, por primera vez, se enfrentó de lleno con la decrepitud de su tío: su impactante delgadez, sus ojeras profundas, sus ojos apagados, y su piel lechosa, moteada por manchas de vejez. Se sintió conmovido.

—¿Lo harás? ¿Aceptarás mi regalo de expiación?

Agustín recordó a qué había venido: «Sí», fue su respuesta.

«En el cajón de la mesita de luz, donde están los remedios, vas a encontrar el contrato de donación. Hay una copia en francés, que me enviaron los abogados de Marsella». Aunque no era francófono, a Agustín le fue fácil encontrar, al final del documento, su nombre, acompañado de un renglón para firmar.

—No traje lapicera —dijo disculpándose.

—Busca en el cajón —sugirió el tío Cristóbal— por ahí debe estar mi birome.

El bolígrafo de oro resplandecía entre cajas de antibióticos y recetas del PAMI.

Firmó.

Después de refrendar, se sintió indispuerto. Una sensación vomitiva le oprimía la garganta. Sentía que con un simple garabato de tinta negra, había traicionado la memoria de su padre. Pero las deudas de la tarjeta Visa, los servicios, la hipoteca, y el arreglo del motor del Fiat Uno, no se pagarían con la honra de un apellido, pero sí con la venta de la casa de Marsella o de su alquiler, quién sabe.

—No te vayas tan temprano. Quédate un rato más. Al menos, hasta que Andrea vuelva de la farmacia —rogó el moribundo.

La voz del tío Cristóbal esfumó los euros que Agustín estaba imaginando.

—Me quedo —dijo satisfecho, mientras se arrellanaba en el cómodo sillón Luis XIV.

Un sobresalto lo arrancó del sueño. Abrió los ojos y pestañeó repetidamente. El brutal sonido volvió a repetirse.

«Son golpes», se dijo.

Miró a su alrededor, aunque las cortinas estaban abiertas, ninguna luz penetraba los cristales: era de noche. En la penumbra encontró la silueta recostada del tío Cristóbal que, con cada respiración, ascendía y descendía lentamente debajo del cubrecama. No le costó trabajo despertarlo.

—¿Qué te pasa, Agustín? Te ves peor que yo —dijo, mientras encendía la lámpara.

—Están golpeando la puerta de entrada.

El viejo aguzó los oídos.

—No escucho nada.

—¡Ahí está otra vez! ¿Lo oíste?

—¡Dios mío! ¡Sí! Llamaré a Antonio para que averigüe. El tío Cristóbal hizo sonar la campanilla una, dos... diez veces. Nadie vino.

Ya no eran golpes, sino puñetazos demoledores.

—Quizás es Andrea, que viene de la farmacia. Seguro Antonio cerró con llave —caviló Agustín.

—No puede ser ella —replicó el tío Cristóbal, con voz temblorosa.

—¿Por qué?

—Porque Andrea tiene una copia de las llaves.

Por un instante, el alboroto cesó, hasta que la ventana estalló con un estruendo que hizo retumbar toda la casa.

Una lluvia de astillas vidriosas cayó encima de Agustín. El tío Cristóbal, con los ojos muy abiertos, se sentó sobre la cama para admirar el nuevo prodigio: una humareda pestilente emergía del suelo y corrompía el aire.

Agustín, mientras se sacudía los cristales, observó como una extraña figura se corporizaba en medio de la niebla y, segundos antes de perder la cabeza, pudo ver, con toda claridad, la reluciente guadaña de La Parca.

Cuando la mortífera bruma se disipó, el rostro del tío Cristóbal parecía rejuvenecido. La expresión agonizante había desaparecido de su cara. Ya no tenía ojeras, sus manos no temblaban, y hasta lucía más gordo. De pronto, exultante, señaló al decapitado y exclamó:

—¡Sobrino; jamás firmes algo sin leer antes la letra chica!

Dr. Isaac Marcelo Basaure Miranda

SANGRE EN EL PUEBLO

No aparecen de golpe como una revelación, sino como una constelación de destellos pequeños y desordenados, aunque casi siempre el detonante es casual. Después tienen una cadencia antojadiza que rápidamente se vuelve caótica ante mis ojos. Como la perplejidad que causa el ruido de una pedrada cuando interrumpe el rumor de una lluvia de verano. Y unos segundos más tarde, todavía desorientado, algunos otros golpes sueltos y descoordinados empiezan a martillar hasta que finalmente, las piedras descontroladas del granizo caen alocadas como en un bombardeo. Así, o más o menos así, me aparecen los recuerdos.

Luego hurgando en mi consciente, empiezo a rescatar imágenes, frases, gestos y fotos que se amontonan y estrujan, hasta que en cierto momento empiezan a alinearse y traen a la superficie las formas del pasado dormido en mis recovecos.

Volví a mi pueblo después de varios años. Desde que pasó lo de Luis que no había vuelto. ¿Diez años...doce? No me acuerdo bien, pero el casamiento de Valentina -la hija de Juan- me había hecho repensar el reencuentro con el universo paralelo de la infancia. Juan me llamó para invitarme, y además para pedirme “especialmente” que fuera a la fiesta. Porque quería verme, y porque además -me dijo- quería compartir su alegría sus los verdaderos amigos. Y después de ablandarme, buscando terminar de convencerme, me contó que aprovechando la época de vacas gordas, iba a hacer una fiesta inolvidable para los amigos de la hija y para todos sus amigos. Los de antes y los ahora. Los que se quedaron y los que sin campos familiares que atender ni sueños que perseguir dentro los pocos kilómetros del pueblo, nos fuimos con las ganas de rajar escondidas entre el entusiasmo y la incertidumbre.

Salí a la mañana después de ordenar unos trámites, y llegué con poco tiempo de sobra. Como uno ya es grande y tiene sus costumbres, pude gambetear la hospitalidad de Juan para quedarme en su casa y reservé un cuarto en el hotel viejo, a una cuadra de la plaza.

A la tarde ya estaba instalado en la habitación. Era limpia y el sol que entraba de costado por la ventana, no alcanzaba a quitarle ese aire triste y aletargado de los hoteles de pueblo. Después de bañarme y descansar un rato del cansancio de la ruta y mientras me afeitaba preparándome para la fiesta, me hice un corte adelante de la oreja en un intento absurdo de emprolijar las patillas sin los anteojos de ver de cerca. Un tajo profundo y limpio, que antes que pueda obturarlo, llegó a soltar una gota de sangre espesa que después de cruzarme la cara, cayó prepotente sobre el lavamanos. Aunque silenciosa, la intensidad del contraste de la sangre con el blanco de la loza, me hizo escuchar la primera piedra, y después con una intensidad inesperada empezó a granizar.

Con cierto desconcierto e intentando que alguna nitidez empiece a tomar forma, parado frente al espejo mientras miraba el derrotero rojo de la gota en esta cara de sesentón, se empezó a hilvanar en mi cabeza el recuerdo de una mañana lejana de verano, cuando estábamos pescando en el arroyo y llegó Juan a contarnos lo de la sangre.

Nos quedamos mudos. Nos parecía imposible. Reviví de golpe la negación y sentí otra vez fresca la incredulidad de la noticia. No podía ser cierto que en el pueblo existiera esa clase de gente. Y aunque era una época en la que se decían cosas raras de más de uno, la idea de beber sangre parecía tan enfermiza, tan imposible de concebir que al principio, todos vimos los piolines de la mentira en la historia de Juan. O quisimos verlos.

La imagen para nosotros era inevitable. Poderosa y repulsiva pero inevitable. Un grupo de personas arremolinadas sobre un recipiente de sangre -tibia y oscura en nuestras cabezas- pasándose de unos a otros bebiendo de a sorbos desordenados e inmersos en la excitación de un rito repugnante, avanzaba viral por nuestra imaginación. El retrato de seres bestiales -de repente- se había instalado entre nosotros antes que Juan continuara con el relato.

—Me contó mi primo Pancho que se juntan y toman sangre ... - dijo con seriedad de drama.

Todos conocíamos muy bien a Pancho, que aunque era el primo de Juan, era como el primo mayor de todos. Un solterón que tenía más de veinte años que nosotros y siempre andaba cerca para llevarnos a pescar a la laguna, para hacernos probar el primer fernet, o para cargar la bici de cualquiera en la caja y traernos a casa en una Studebaker Transtar pintada de rojo y crema que era una belleza. Pero aunque lo dijera Pancho, nadie podía dar por cierto que esa salvajada de tribus aisladas en selvas lejanas, que habíamos visto en los documentales que pasaban en el entretiempo del cine del pueblo, pudiera estar pasando entre nosotros.

— ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿En qué lugar? Luis disparaba preguntas con la curiosidad que brotaba de los coletazos de nuestra última infancia.

—Frente a la plaza. Dice Pancho que se juntan en un lugar en frente de la plaza- retomó Juan queriéndole sacar el cuerpo a la historia, aunque su cara expresaba una mezcla de solemnidad y espanto.

De entrada pensamos que no podía ser posible. Resultaba absurdo que algo tan inconcebible se pudiera llevar a cabo frente a la plaza donde siempre hay alguien dando vueltas. Recordé el repaso que hicimos de las cuadras linderas a la plaza intentando descubrir dónde podrían juntarse esos energúmenos.

Mientras nos mirábamos desconfiados y bosquejábamos en el aire a algunos viejos del pueblo en esos menesteres asquerosos, sopesando verdades y mentiras, Juan retomó el relato con una voz entrecortada que presagiaba un mensaje aún más espeluznante. Después de una pausa que recuerdo dramática agregó:

—Dice Pancho que invocan espíritus y algunos, hasta comen restos de un cuerpo de un tipo que murió hace mucho.

Nos miramos sin poder creer lo que habíamos escuchado. Luis llegó por milímetros a sofocar una arcada tapándose la boca con la mano. Algo tan nauseabundo pero a la vez tan intrigante y perturbador era imposible que no nos invadiera por completo.

No podíamos imaginar a nadie que conociéramos inmerso en esos hábitos de gente perturbada. Ritos caníbales, casi satánicos, tan extraños a nuestra despreocupada normalidad no podíamos pensarlos sin inundarnos de un vaho penetrante y una viscosidad oscura que recorría los pliegues de nuestras mentes.

—Y que si queremos el domingo a la mañana nos lleva a verlos, porque tiene un amigo que lo deja pasar -agregó Juan ante nuestra perplejidad-. Sin poder salir de la conmoción y con las caras desencajadas por el asco, nos miramos convencidos de que era cierto. Repulsivo y atroz, pero cierto.

La posibilidad de ir a ver ese espectáculo macabro nos atropelló. Nos miramos dudando en seguir nuestras vidas como si no nos hubiéramos enterado, o ir a verlo, y darnos cuenta

de que vivíamos en medio de una secta maniática que se escondía bajo la apariencia de unos vecinos normales de un pueblo al sur de la provincia.

¿Pero cómo nos desentendíamos de algo tan brutal? ¿Cómo hacíamos para hacer de cuenta de que no nos habíamos enterado? Teníamos que ir. No podíamos evitarlo. Queríamos verlo. Necesitábamos verlo. Cualquier posibilidad de esquivar la realidad se rindió sin resistencia ni debate ante nuestra curiosidad voraz.

A medida que indago y escarbo en mi memoria, cada vez son más los gestos, las elucubraciones, las hipótesis y los debates que mantuvimos esos días y que ahora, medio desnudo, despeinado y parado frente al espejo del baño, se arremolinan alrededor de esa gota desparramada en el lavatorio, y caen como un vendaval en la tarde del verano.

Deambulando en los pliegues de aquellos años, me terminé de afeitarme y me puse un traje incómodo al que ya me había desacostumbrado. Antes de salir con el coche para el campo de Juan, a donde era la fiesta de Valentina, di una vuelta por la plaza despacito y con los vidrios bajos para impregnarme de ese olor a infancia con trazos de tilo y lavanda que a veces extrañaba. Mientras daba vueltas, una infinidad de detalles mínimos sacudían y reordenaban mis recuerdos con pinceladas de la escenografía de mi niñez. Los pocos kilómetros que separaban el hotel del campo de Juan los recorrí en silencio, flotando en la sospecha de reencontrarme y sonriendo.

Cuando el domingo a la mañana Pancho nos pasó a buscar en la Studebaker, los tres - amontonados en la cabina- veníamos serios y en silencio. A esa altura, luego de depurar el pueblo en nuestras cabezas y debatir posibilidades, estábamos seguros que la cita era en la casa del yugoeslavo, justo a la vuelta de la plaza. Un viejo huraño y raído del que en aquel momento, solo sabíamos que le decían así, el yugoeslavo. Luego supimos que se llamaba Branco y que había llegado al pueblo escapando de las desgracias de la guerra, aunque mucho más tarde supimos que lo que lo trajo a un pueblo remoto de un país lejano, fueron los horrores que él mismo había cometido en la guerra y que en aquella época ni siquiera sospechábamos a pesar de su mirada abyecta. Quizás por una vaga crueldad que irradiaba a la distancia, o tal vez por un escozor lúgubre que sentíamos cuando pasaba en su bicicleta deshilachada balbuceando palabras inentendibles, no podíamos dejar de imaginarlo invocando espíritus en ese idioma extraño, mientras bebía sangre que a borbotones le caía por la comisura de los labios.

Aunque la tensión nos mantuvo en silencio durante todo el viaje, antes de llegar, el primo de Juan con un tono solemne que se correspondía con la proximidad de la verdad, nos dijo que debíamos quedarnos atrás y en silencio. Que era muy importante estar quietos y sin molestar a nadie durante esos rituales, dijo.

Recuerdo el cosquilleo de las piernas inquietas, los latidos acelerados y la efervescencia del instinto que huele el miedo y el peligro, ante el revuelto de sangre espíritus y cuerpos que se apelotonaban en mi imaginación. Cuando bajamos de la camioneta para cruzar la plaza aún callados, Pancho -manteniendo una seriedad solemne- nos preguntó si estábamos listos para ver la ceremonia. Esa palabra uso, ceremonia.

Llegué a la fiesta temprano, antes que los novios y los invitados que venían de la iglesia. Fui en búsqueda de esos momentos únicos con alguno de los veteranos del pueblo, antes que empezara la fiesta y los abrazos exagerados con los amiguetes de antaño. Imaginé que alguna charla con los viejos que aún quedan y que me conocen desde que nací, por sí misma, pagaría los seiscientos largos de kilómetros de ruta hecha pelota que tuve que

manejar hasta acá. Y aunque no sabía si todavía estaba vivo, porque debería andar por los ochenta y tantos, tenía un entusiasmo inesperado por volver a ver a Pancho, el primo de Juan.

Me atajó un mozo apenas pasando la tranquea del parque y con una copa en la mano, empecé a mirar el lugar con ojos viejos. Pila de años que no volvía a ese campo que ahora relucía debajo de una preparación minuciosa y hasta exagerada. Tenía razón Juan, una fiesta de la sanputa. Una carpa enorme en el parque de la casa principal, alfombras trazando caminos sobre el pasto impecable, las mesas decoradas con flores y candelas, luces de colores tenues apuntando a las copas de los árboles y los reflectores que iluminaban el verde hasta que se perdía en la oscuridad del potrero. Unos tordillos de crines lacias y cepilladas pastando al lado del alambrado, los peones vestidos de fiesta con facones relucientes en la cintura y el fogón con los costillares haciéndose despacio. Me quedé reciclando las imágenes de lo que era este mismo lugar cuando era de los padres de Juan, y una sonrisa me sorprendió al verme jugando arriba del tractor. Recordé la intrépida emoción de correr las vacas a caballo, o la alegría tranquila de pescar bagres con mis amigos y zambullirnos en el arroyo durante el verano.

De repente el olor del pan de maíz que cocinaba la mamá de Juan, la cara de la mamá de Juan y su voz dulce y aflautada, después de tantos años desfilan por mi cabeza. Pero antes de empezar a resbalar por los caminos alegres y mullidos de mi niñez, de reajo, esquinando la mirada y a un costado de la carpa debajo de un sauce, sentado en un fardo de alfalfa cubierto de un paño blanco con guarda pampa, hay un viejo con pilchas de gaucho sobrio y mirada limpia que sonríe alegre contemplando la felicidad ajena que hace propia.

Enseguida reconocí a Pancho. Los rasgos serenos, el fernet incombustible que sostenían unas manos todavía firmes, unos pocos pelos ralos y engominados, el bigote finito igual que siempre. Los ojos vivaces y despiertos. Y la misma sonrisa despreocupada y amplia.

Con una emoción tan nueva como antigua reconocí con nitidez y cariño esa sonrisa. La misma que dibujó aquella vez hace más de cincuenta años, cuando después de cruzar solemne la plaza con tres pibes espantados y lejos de apuntar a lo del yugoeslavo, enfiló a la iglesia del pueblo para entrar a ver a la fila de gente que tomaba la comunión en la misa del domingo, antes de llevarnos a los tres a tomar un helado.

Dr. Pablo Codias

Arena

Hay un instante, solo uno, en que el aire es respirable. Ni frío ni cálido, ni como el hielo penetrante, ni como el fuego abrasador. Paradójicamente, ese instante único se repite dos veces en el día, la primera al amanecer y la segunda cuándo llega la noche, a la que reconocería sin verla pues le sigue el silencio absoluto.

Me rodea el desierto, ese que antes de serlo fue otra cosa, un bosque, un lago, una cultura. Ahora es una extensión infinita de arena apenas menor que el universo que la contiene y tan imposible de contar como la de playas, mares y ríos, cuyo número, las olas no dejan de acrecentar.

Lo demás, lo que no es arena, lo será a corto o largo plazo, un poco por la mano del hombre, el resto por el trabajo del viento que cruza hacia Europa.

Ese que arriba a mi terraza, hace golpear las puertas del balcón y llena mis pulmones del aire de la noche. Entonces me emborracho con él. Cuento las estrellas y levanto inventario de las casas antiguas en la vereda de enfrente, construidas sin plomada en dos o tres plantas, ocres y verticales, grises y endurecidas, con poco color y siempre muy viejas. La mayoría de ellas violó el proyecto original incorporando un pequeño local dando lugar a nimias explotaciones que no cotizan en Bolsa. Un bar, una panadería, una mercería, un estanco, regentados por gente de rostro adusto a la que no le importa en absoluto satisfacer las necesidades de su clientela o vender algo o tan solo hacerse de algún dinero. Están allí como parte de los inmuebles que los rodeaban, sin saber porqué, para qué, ni hasta cuándo. Forjándose un bien ganado futuro de arena.

Porque será también arena el bar, el estanco, la cancha de pelota, la Barcelona modernista y nosotros, también nosotros. Y así como arena, esperaremos la casualidad de un nuevo rayo vital que funde esa materia yerma y comience de nuevo el ciclo de los lagos, el bosque, el estanco. Posiblemente entonces no resultemos igual, tal vez formemos parte de otro, de nuestro enemigo, de nuestro amor.

De repente una vibración ronca invadió la noche e interrumpió el divagar de mis pensamientos, me aferré al balcón y me dispuse a ser privilegiado testigo del final de un ciclo. Por un instante la brisa se detuvo. La vibración también. Esperé que después de ese silencio todo comenzara a derrumbarse. En la calle, una barredora municipal reanudó su marcha, los auxiliares fosforescentes bromeaban y reían, pobres, sin saber.

Dr. Raúl Maiorano

“Perro de Caza”

Llegué a la reunión. Con cierto nerviosismo me presenté en la dirección adecuada a la hora señalada. El lugar me resultó extraño, pero en realidad no sabía que esperar. Una antigua heladería de barrio con nombre italiano, las mesas vacías y el mostrador lo suficientemente alto como para apoyar los codos y mirar el horizonte. *Gelato*. Dudé por unos segundos. Era ahí. Un lugar que realmente no podría llamar la atención por más que lo intentara. Había estado esperando la posibilidad de esa reunión hacía demasiado tiempo. Sabía la dirección de memoria. Me la había entregado Maurice, escrita en un paquete de cigarrillos, dos noches antes en el Bar de Flo.

—Mírala— dijo firmemente —Memorízala y rompela.

Maurice era alto, flaco y con el pelo grasiento, como recién bañado en gasolina. Le gustaba que lo llamaran así, Mo-ris, con acento francés, pese a que tenía un aspecto salido de una película de gangsters italianos. Campera de cuero negra, pantalones ajustados, zapatos de última moda y camisa a tono, todo en función del detalle elegante atado impoluto a su cuello. Un pañuelo de seda colorado que sobresalía impune a la sobriedad del cuadro.

Se sentó a mi lado en el Bar de Flo. Sabía que estaba intentando darle un cierre a mi historia. Al parecer las excesivas y no tan disimuladas preguntas habían llamado la atención del respetable. Por alguna razón que excedía mi conocimiento, y luego de largos años de girar en falso y penar a cuenta, su jefe quería verme. Intenté preguntar por qué, pero claramente Maurice tenía la orden de mantener la boca cerrada y los ojos abiertos. Ojos oscuros que sin parpadear esperaban ansiosos que rompiera el paquete de cigarrillos para poder pedir un trago. Miré detenidamente la caja, memoricé la dirección, la fecha y hora del encuentro, doblé el cartón y lo partí en muchos pedazos. Maurice sacó de mis manos la mitad de los papeles huérfanos, los guardó en su bolsillo derecho y por fin se relajó. Estiró el cuello, dio dos golpes en la barra con el puño y mediante un gesto de sus cejas pidió un trago a la chica que al otro lado se aburría dibujando sobre un diario figuras eróticas. Lentamente, se desperezó y le sirvió un whisky doble. Maurice no me miraba. Probablemente ya se había cansado de observarme fijamente durante mucho más tiempo del que hubiera preferido si pudiera elegir algo. Clavó los ojos en el vaso, respiró profundo. En menos de un minuto había apurado su bebida. Yo seguía congelado. Aun no podía asimilar lo que me estaba pasando. Bajó de la silla y dijo “No llegues tarde. Al jefe lo pone de mal humor”. Desapareció como había llegado. Sin dejar rastro. Sin mover el aire. Sin reflejar una sombra.

Entré a la Heladería tres minutos antes de la hora del encuentro. El aire estaba embotado. Inmóvil. Por dentro hacía más calor que afuera. Las sillas blancas, ajadas y despintadas en los bordes, yacían vacías y dispersas como en el patio de una casa abandonada, desordenadas pero en perfecta armonía con el resto de los elementos. De fondo, la radio pasaba una canción de Frank Sinatra, una de esas baladas inoxidables que había grabado con la orquesta de Nelson Riddle en los gloriosos años de Capitol Records. La reconocí y automáticamente mi memoria jugó una mala pasada. Esas conexiones que desbaratan y desarman hasta al más reacio. Bailaba en la cocina con mi mujer mientras ella cocinaba y yo abría una botella de vino tinto. Un frío me recorrió la espalda. No sé cuánto tiempo pasó de ese momento. Parecía una escena sacada de una película. Pero no. Recordé la ropa, el pantalón gastado y su camisa azul con botones, arremangada para no mancharla. El olor de su pelo, castaño oscuro con algún reflejo rubio, los colores del perfume en mi nariz. Esos ojos verdes y su sonrisa. La sonrisa más reconfortante que había conocido. Su amor había sido como una aplanadora. De vez en cuando tenía esos

recuerdos que, aunque luego los negara rotundamente, hacían que valiera la pena lo vivido y sobrevivido lo penado. Pero la negación es un bosque que a veces tapa el árbol y la necesidad de quemar los puentes que ya había transitado me habían desparramado en ese presente imperfecto de continuo y circular letargo.

Por detrás del mostrador el encargado del local, canoso, arrugado y con cara de vencido a cuestas, me dirigió una mirada cansina. Tocó un pequeño timbre de esos que solía haber en la recepción de los hoteles de antaño y automáticamente desaparecí de su vida. Que forma notable de ocuparse pura y exclusivamente de su trabajo. Ni un segundo más, ni un segundo menos. Cada uno hacía su parte y seguía adelante. Tomé nota mental de ello y decidí aplicarlo alguna vez en mi vida. Es algo que debería aprender de una vez por todas.

Mientras divagaba en mis pensamientos, Maurice apareció tras una puerta de vidrio con marcos de acero que parecía dar a un patio exterior. Me miró y nuevamente sus cejas fueron todo lo que necesitó para hacer cumplir su cometido. Tenía exactamente la misma ropa que en el bar, solo había cambiado el pañuelo por uno color azul marino. Quizás se había lavado el pelo, pero la gomina era más reluciente con el reflejo de la luz del sol.

Al acercarme a la puerta estiré mi mano para saludarlo. No se movió. No era lugar para cumplir con obligaciones sociales de etiqueta y formalidad. Incómodo, sintiéndome un piano de cola en medio de un desfile de carnaval, bajé rápidamente el brazo y metí la mano derecha en el bolsillo, toqué nerviosamente unas monedas que encontré en el fondo y desvié la mirada. Lección número uno aprendida.

Apenas pasando la puerta se descubrió un patio trasero con pasillos a cada costado en forma de rectángulo. La luz se filtraba entre las cuidadas enredaderas que dejaban ingresar selectivamente los rayos del sol. En el centro, una fuente circular con una pequeña estatua de un niño con alas estancaba voluntariamente el agua. Parecía algo hecho por el Michelangelo local. El patio era fresco y agradable. Maurice giró a la derecha y lo seguí en silencio. En la calma agobiante, los pasos retumbaban como piedras cayendo de un acantilado. Sentí que se escuchaban hasta los acelerados latidos de mi corazón. Esa sensación que pueden reconocer aquellos que tienen total certeza de estar enfrentándose a un momento definitorio, algo que recordarán de por vida. Mis manos se llenaron de una tibia transpiración que sequé rápidamente en el pantalón. Un pequeño temblor se apoderó de mí ser mientras nos acercábamos a una puerta lateral, las persianas cerradas impedían observar el interior. Maurice se dio vuelta como un soldado mientras apoyaba firmemente la mano izquierda en el picaporte. Miró el mismísimo centro de mis ojos. Uno, dos, tres segundos. Parpadeó y abrió la puerta. Dio un paso hacia atrás y entendí que había cumplido con su parte. Una vez más.

Entré al cuarto, la puerta se cerró suavemente a mis espaldas. La oscuridad era invasiva. El silencio dominaba cada uno de los rincones, con excepción de un aire acondicionado que parecía estar trabajando a toda potencia. El cambio de temperatura era evidente. Por unos segundos abrí y cerré los ojos para forzar una visión que parecía estar tardando más de lo necesario. El entorno comenzó a tomar forma lentamente. Un escritorio unos metros más allá de la puerta. Apenas a mi derecha un sillón antiguo de oficina reposaba esperando visitantes que nunca aparecían. El frío artificial. La visión comenzaba a aclararse en el momento que escuché el ruido de un interruptor. Una tímida luz inundó el escritorio y sus alrededores, desnudando un pasillo con piso de alfombra y unos cuadros de plantaciones del algodón, ríos que serpenteaban sobre litorales calurosos. Pescadores sobre balsas de madera, una carta enmarcada, un simple de siete pulgadas de "Hound Dog". Perro de Caza.

Meditabundo pero encendido por dentro, avancé.

Me senté en una silla que estaba enfrentada al escritorio. Seguía sin siquiera mirarme de reojo. Sobre la mesa la lámpara parecía oscurecer más que iluminar. Por un segundo logré ver su perfil. Era él. Los años habían pasado, pero los rasgos eran idénticos a aquellos que conocía hasta el hartazgo. Las arrugas, el pelo menos tupido pero peinado como la última vez, maltrecho por la tintura. Oscuro. Como su alma tras el encierro. Callado y un poco asustado, me acomodé intentando hacerme invisible, manteniendo mi condición de fantasma que visita el mundo de los vivos.

“Más bien un explorador en el mundo de los muertos” pensé para mis adentros.

—¿Que desea Usted tomar?— dijo.

Los ojos escondidos tras unas enormes gafas oscuras con borde dorado. La voz de gigante retumbó en el cuarto. En el aire. En mi destino.

Sin intención de molestar con un pedido extravagante, teniendo en cuenta el calor agobiante del verano, supuse que lo más lógico y amable era pedir algo fresco.

—Agua fría o lo que sea— contesté. Mi voz, titubeante y seca, parecía salida de un pozo sin fondo.

—Caliente. Algo caliente quiero— ordenó con un grito estremecedor. La incomodidad iba invadiendo cada centímetro de mi cuerpo, pero no iba a darme por vencido. No en ese preciso momento.

Maurice, que escuchaba todo desde la puerta exterior, desapareció rápidamente en busca de las bebidas. Por primera vez nos quedamos solos. Disimuladamente lo miraba, intentando no generar un abismo entre nosotros, pero tampoco conocía el protocolo de visita ni había pensado un plan de actuación. Intentaba ser respetuoso de sus silencios, que eran demasiados. Ser uno mismo a veces sirve, pero por lo general no.

Lentamente, como si le costara mover cada centímetro de su cuerpo voluminoso, se acomodó frente a mí apoyando los brazos encima del escritorio. Una camisa blanca impecable apenas doblada a la altura de las muñecas. Juntó las manos mientras parecía pensar como iniciar la conversación. Anillos en sus dedos. El escudo del estado de Tennessee. Las uñas impecablemente arregladas.

—Mil puertas cerradas no lograron impedir que Usted se acercara a mí— balbuceó finalmente.

Percibí que él estaba tan nervioso como yo. Por lo visto éramos dos en este desierto.

—Aquí estoy. Puede verme. Este es el fin de su búsqueda— continuó impasible, acercando su cara a la pequeña lámpara develando con mayor detalle partes que habían permanecido entre sombras. Entre las tinieblas.

Intenté abrir la boca y decir algo. Mi estómago era un nudo indescifrable que impidió emitiera siquiera un sonido. Maurice entró con un vaso largo de agua con hielo, una rodaja de limón colgada prolijamente en el borde y un café humeante. Los apoyó solemnemente sobre la mesa y se retiró. Mientras esperaba que saliera de la habitación, y en un rápido movimiento que hubiera sorprendido hasta un eximio cazador agazapado tras unos arbustos, tomó el vaso, estrujó rápidamente el limón dejando caer hasta la última gota en el agua y bebió más de la mitad. Mantuve la espalda erguida y la mirada fija, fingiendo que no estaba sorprendido. Miré el café por unos instantes.

—¿Habrá azúcar?— pregunté.

Estalló en una sonora risotada. Maurice rio a lo lejos. El aire parecía ventilarse de repente, transformándose en respirable. Mis hombros se relajaron y logre esbozar una tímida sonrisa. Tosió un poco mientras tomaba agua una vez más. Todo era irreal. Pero entendí que esta era la única manera de seguir adelante. Al crear una realidad que solo existe cuando nos convencemos de su falta de certezas, la línea divisoria deja de existir, los colores se mezclan, el cuadro se despinta. No existe el ayer ni el mañana. Un sueño tan absorbente que hasta aquello que creemos real se esfuma irreversiblemente entre lo vivido y lo imaginario.

Me observó detenidamente por unos instantes que parecieron eternos. Resopló y se acomodó nuevamente en su lugar. Era el momento. “Ahora o nunca” pensé. No había otra forma posible de leer lo que pasaba. Junte valor.

—¿Por qué lo hiciste?— pregunté.

—¿Por qué desaparecer... desvanecerse?— titubeé sin valentía.

La pregunta se hizo una sola vez. La respuesta enmudecerá con el tiempo hasta esfumarse como los mismos fantasmas que se atrevieron a formularla. Una vez más. El viento sobre mi cabeza.

Al despedirme, lo miré una última vez antes de girarme. Sin notarlo hice una pequeña reverencia. Tímida, casi imperceptible. Un gesto sincero. Ambos supimos que significaba mucho más que lo que ésta pila de palabras pudieran llegar a transmitir alguna vez.

Sonrió. Sincero. Un rostro ajado aun capaz de iluminar una ciudad con su natural encanto.

—No dejes de intentar lo imposible, chico. Nunca dejes de intentarlo— dijo con una mirada certera.

La realidad, tarde o temprano, se pierde en los pasillos del silencio. Siempre está lista para romperse y estallar en mil pedazos. Algún día las grietas crecen y resquebrajan los secretos. Pero nadie escucha el sonido del árbol que cae en un bosque vacío. Solo diré lo mismo que aquellos fantasmas de asfalto y esquina conocen hace mucho, lo que fervorosos creyentes sostienen hace años soportando maltrato y desazón, ese secreto que a voces recorre las calles de esta gran ciudad, solo apto para oídos despiertos y corazones destrozados. Un secreto únicamente permitido para los que precisan aferrarse más que nunca a la esperanza que el presente está más vivo que el pasado. El Rey está vivo. Pero si alguien pregunta, yo no estuve ahí.

Fin.-

Dr. Julián Costoya

La invitación

Era su rutina, ir al café cuando salía de la oficina. Esa tarde, en el bar habitual no había mesas libres, seguro por las fiestas de navidad. Se detuvo en la entrada, había mucho ruido y demasiados niños, dio media vuelta, salió a la calle, hacía un calor agobiante, caminó por Avenida de Mayo, dobló por Riobamba, se metió en Casablanca que tenía aire acondicionado. Siempre lo había considerado un lugar para los políticos, fuera de su presupuesto. En la entrada la estatua de Rick y el negro al piano. Tócala de nuevo Sam. Se sentó cerca de la ventana, tomó la carta, leyó “Bar notable de la Ciudad de Buenos Aires”, el café saldría más caro, no será momento de levantarse, buscar otro sitio, desechó la idea, se fijó en la columna de los precios, su juego era adivinar con que se correspondían, lo más barato un café 50 pesos. Pensó en sacarse una foto con el celular para mandársela a los muchachos, que vieran que se daba los gustos, dejarían de joderlo con ese estúpido mote de “codito”, aunque no sería suficiente, necesitaría algo más. Mejor sería invitarlos, había buenas promociones, calculó que para los seis el precio no bajaría de dos mil pesos, no importaba, la vida había que vivirla y nada mejor que hacerlo con amigos, iban a conocer su faceta desprendida. El lugar era bueno, dudaba que alguno lo conociera, porque ellos eran más de bodegones, de cantinas estilo italiano. Él se consideraba diferente, como es posible que tuviera esos amigos, tal vez tendría que tomar distancia. ¿Valía la pena hacer ese gasto?

- ¿Ya eligió el señor?
- ¿El cortado, viene con alguna promoción?
- Las promociones están en la carta.
- Por ahora un cortado chico. Una pregunta: ¿Si venimos seis, un viernes a la tarde, hay que reservar?
- No, aquí se llena después de las ocho, sobre todo cuando hay sesión en diputados.
- Si, cuando se les ocurre trabajar.
- ¿Entonces, solo un cortado?

El mozo dio media vuelta. - ¿Un diario, puede ser?

No era un mal lugar para sentarse a leer aunque sean las noticias de la mañana, era el gusto por aprovechar gratis algo que otros pagaban, amortizaría el precio del café, tal vez podría pedir una medialuna, aunque a esta hora seguro son recalentadas.

- Aquí tiene señor, y el diario faltan algunas secciones.
- ¿Podrá ser una medialuna?
- Son de la mañana.

- ¿Salen más baratas?

- No, lo que puedo hacer es no cobrarle el préstamo del periódico.

Otra media vuelta.

Pasó un cuarto de hora, el lugar era tranquilo, tenía mesas en la planta alta, podría ser el sitio reservado para el día viernes, dejarían de contar esa tonta anécdota de cuando él invitó a una chica a una pizzería, ella en lugar de la promoción de muzza y cerveza de litro quiso una doble de fugazzeta y una botella de marca más cara, recuerda su gesto cuando él le dijo que debía pagar la diferencia. O aquella en que estacionado en la costanera invitó a otra a tomar algo, imaginaba ella que la llevaría a un lugar de moda, pero él avanzó unos metros y compró dos cafés a un vendedor ambulante. No volvió a ver a ninguna de las dos.

De a poco se iban encendiendo las luces, pensó que el destino lo había llevado a ese lugar, a partir de hoy cambiaría, en su celular escribió: “Viernes que viene 18 horas reunión en Casablanca, yo invito la gran picada”. Tomó nuevamente la carta, sumó las promociones incorporando dos tragos adicionales, resultado: casi dos mil quinientos pesos, no importaba, decidido oprimió la tecla “enviar”, cinco mensajes volaron a sus destinatarios. No tardaron las respuestas. La primera: “Estás enfermo”, otra: “Voy a llevar un escribano para que certifique el acontecimiento”, otra: “Se te murió el cocodrilo”, las dos últimas: “Allí estaré, no me lo pierdo por nada” y “muchas gracias, confirmo presencia”, esta era del callado del grupo, siempre le había parecido el más respetuoso, hasta que se enteró que fue él quien le puso el mote.

Cerró el diario, habían pasado tres cuartos de hora, en la calle se notaba la cadencia de aquellos que salían más tarde del trabajo, era el momento que más le gustaba, esa pausa que corre hasta la cena. Como vivía solo, su comida la compraba en esos lugares que venden “al peso”, que luego de las tres y media las viandas se conseguían a mitad de precio, tenía calculado para los días de semana desde el desayuno a la cena, incluido el café afuera, un gasto de doscientos pesos diarios.

Pronto serían las siete, buena hora para tonar el subte, volvió a observar el lugar, si, definitivamente les iba a gustar.

Salió de Casablanca, caro el café, al menos se llevó el diario bajo el brazo. Marchó por Avenida Rivadavia, fue hasta la próxima estación del subte, pasó frente a otros bares, se fijó en las vidrieras, los precios eran más bajos, pero no, sería en Casablanca. Siguió hasta la Avenida Pueyrredón donde antes estaba La Perla ahora convertida en pizzería, recordó la última vez que había estado, cuando decidió terminar su noviazgo. -“Si ya lo tenés decidido nada puedo hacer”. No pensó que le resultaría tan fácil. Una vez ella le había dicho: “Quien no sabe compartir no sabe amar”. Pensó que tendría que haber sido más generoso, invitarla a cenar, no siempre “mejor comamos en tu departamento”, pero le parecía una inmoralidad pagar lo que cobraban por una cena en un restaurante.

Caminó con las manos en los bolsillos. Una vez en su departamento de un ambiente, cuya hipoteca pagaría por los próximos diez años, se metió bajo la ducha, el agua que corría a través de su cuerpo lo ayudaba a reflexionar, cerró la canilla, mientras se secaba una cierta inquietud lo invadió, estaba en su naturaleza o podría modificar ese apego al dinero, será por eso que todavía estaba solo, que no sabría compartir, debía cambiar, por eso lejos de sentarse a ver la tele se vistió y salió a la calle con la intención de tomar algo y tal vez cenar en un bar por el que a menudo pasaba y nunca se había decidido a entrar. El lugar se encontraba a cuatro cuadras, en pocos minutos estaba mirándolo de la vereda del frente, la mitad de las mesas estaban disponibles, no se decidía a cruzar, dentro de su cabeza se libraba una batalla, tomó coraje, entró y se sentó. Se acercó el mozo con la carta, la rechazó. -Un Johnny Walker etiqueta negra y unas papitas -dijo mientras su mano derecha se movía displicentemente. Saboreó el whisky, disfrutó cada uno de sus sorbos ¿Cómo es posible que hubiera tardado tanto en darse estos gustos? Pensó que por el día era más que suficiente, la cena la tomaría en su departamento, si no tendría que tirar la vianda que en esos momentos lo esperaba en su heladera.

Pidió la cuenta.

- Mozo, debe haber una equivocación.

Esbozando una leve sonrisa el mozo tomó el ticket, se lo acercó a los ojos y como si lo hubiera ensayado dijo: - El etiqueta negra cuesta lo que aquí dice, es importado, por el contrario las papas fritas son nacionales.

Salió del bar maldiciendo a todos los santos.

El viernes llegó más rápido que tarde, estuvo inquieto toda la mañana, a las seis debía encontrarse con sus amigos, luego de los mensajes aceptando la invitación nadie había vuelto a comunicarse, todos irían. Se metió en la página de su banco, tenía saldo para usar la tarjeta, se lamentó no haber preguntado si harían descuento por pago en efectivo. Salió de su trabajo pasadas las cinco y media. Comenzó a caminar las cuadras que lo separaban de Casablanca como si su destino fuera el cadalso. Casi llegando sintió un dolor en el pecho que se irradió hacia el brazo izquierdo tensando su mandíbula, unos destellos aparecieron delante de sus ojos, tuvo que apoyarse sobre la pared para no caerse, todo se tornó negro.

F I N

Dr. Juan Ricardo Pedroza



Poesías

AUTOBIOGRAFÍA

Cuando las/los conocí
la verdad
era un desolado desierto

El eco
de un silencio amado

Después
el retazo de una búsqueda

De la presunción
a la certeza
de lo no deseado

Una justicia trunca
pero necesaria

Un mar de trémulo desahogo
La búsqueda de un porqué
a la atrocidad indescifrable

La memoria colectiva
desde el sufrimiento propio
a la mirada
atenta y esquivada
de los otros

Como pregunta cifrada de un todo
que se devela en parte

Parte imborrable de la historia
a pesar de todo.

Cuando las/los conocí
la vida
de mi propia búsqueda

recién comenzaba

Dr. Juan Carlos Wlasic

PUERTAS

Hay seres que un día semejan puertas.
Puertas abiertas a descansos y respiros.
O cerradas, cubiertas de cerrojos y cegueras.
Puertas imaginadas en momentos de angustia,
recopilando recuerdos y augurando luces.
Puertas que hoy son graníticas e indolentes,
despreocupadas por aquellos
que, casi humillados, buscan traspasarlas.
Puertas que se idealizan
en los insomnios de cada noche,
y se bosquejan para la siguiente mañana.
Puertas que pretendemos de noble madera
o de mimbre y futuro.
Aunque hoy, sin piedad, se revelan de hierro perpetuo.
Puertas que intuimos con esperanzadas aldabas
y llaves seguras.
Pero hoy se descubren lisas, sin rugosidad alguna
que ayude a abrirlas.
Puertas que tallamos artesanalmente por años
con intención de refugio.
Puertas que hoy se convierten en muros y corazas,
con olvidos que lastiman.
Hay días de puertas cerradas, cada una es un desgarró
y una herida abierta.
Hay seres que un día semejan puertas,
necesarias, cercanas, salvadoras.
Las manos gastadas con cada llamada en vano dan,
desanimadas, su último golpe.
Esperan con obstinada y vital ilusión,
que sea esa, también, la última puerta.

Dr. Jorge Monzón

ENTENDER EL DERECHO

Cuando se ha visto

La sonrisa descalza de un niño
Los brazos cruzados de un obrero
La mirada de lucha en las mujeres
La esperanza de cambio en los jóvenes
La lección de vida en los abuelos
La vida golpeada de ausencias
La búsqueda infatigable de justicia
El frío de la desolación planificada
La cobarde fortaleza sobre el débil
El pan ausente de la boca necesaria
El techo de la noche sobre la familia desprovista

La censura sobre quien ya no puede callar
Y
El dolor de quien ya no puede amar

Entonces

Se puede

Entender el derecho

De otro modo

Dr. Juan Carlos Wlasic

MUJER UNO

Quiero preguntarte si esta muralla es el ejemplo de tus días,
si esta sonrisa o pedazo de ella,
es en el fondo un filo mortal donde poner mi cuello hasta partirlo:
es que soy así, animal de sed entre las piernas del mundo.-

MUJER DOS

Muévete despacio, muy despacio, el sonido amordazado de los corazones está danzando
sobre la noche de los amantes; se desvanecen los cuerpos de tiza y carbón, de ópalo y
violetas, de mar furioso.-
Tu lengua es caricia devorante y quema mi boca y llena de luz el deseo del diluvio
ancestral de ciénagas y gallos, el orgullo que arrastra la humedad hacia todos los planetas.-
Oh cuerpo de mujer! que a bocanadas destilas el opio dulce de mis vísceras sobre esta
cama donde ya nadie duerme, donde delneas el pubis de las flores con la lluvia,
entrégame el sexo, contrae tu vientre y tu quietud, como el vampiro amo al colibrí entre
arrozales.-

MUJER TRES

Ay mujer, hace mucho tiempo tus gestos de amor consagraron mi vida; era la bienvenida
de brazos abiertos y de amor entero y era alegría de suburbio, crepitar de voces, sueños
parecidos.
Mucho antes al dolor del amigo descubierto en el cansancio de las cosas y anterior también
a ese tiempo de empobrecidos espejos que devolvían esta imagen que me llenaba de
tristeza.-

Dr. Roberto Diez Beltrán

Yo también tengo boca

La distancia es tontamente corta
cuando el exilio es sólo fantasía.
Una mentira retórica
con la que intento desamarrarme de donde no puedo anclar.
Aunque tu risa me alimenta y tu mirada me penetra
no me nutre ni me llena.
Convencida fue de despedirme
y al momento de retirarme, sólo me quería quedar.
Buscando excusas que validen
romper en pedazos mis promesas
y en cualquier mensaje encontrando sobrada justificación.
Efecto rebote me impulsa a las lejanías de tu cuerpo
y me destierra de tu alma, donde jamás estuve,
quedando allí, lejos, hecha un puntito miserable
que no destaca aunque aún puede verse,
si sólo quisieras mirar.
Tenés ojos para mí?
Y aquí, desde los confines de tu reino,
dejás de ser centro y me descubro llamarada
firme y segura a fuerza de rechazo
y con unas ganas locas de arder.
Reconozco en mi nueva piel
los sueños guardados de siempre.
Así, siendo tan sólo un punto,
me repliego, y me atomizo estallando.
Me maravillo al pensar lo que siento
y más aún, al decirlo... yo también tengo boca!
Y la distancia se hizo canción.
Hablo, bebo, río, ladro.
Grito y grito, muerdo y callo.
Yo también tengo boca y tengo ilusión.
Que la canción llene el vacío
y el vacío apague la distancia
para no olvidar mis promesas de olvido
y recordar cada día y tenerlo bien claro
para que nunca más me invites a no entrar.
Abro la boca y no entran moscas.
Salen palabras, oigo mi voz.
Yo también tengo boca y canto, beso y sonrío.
Vos, hacé lo que quieras.